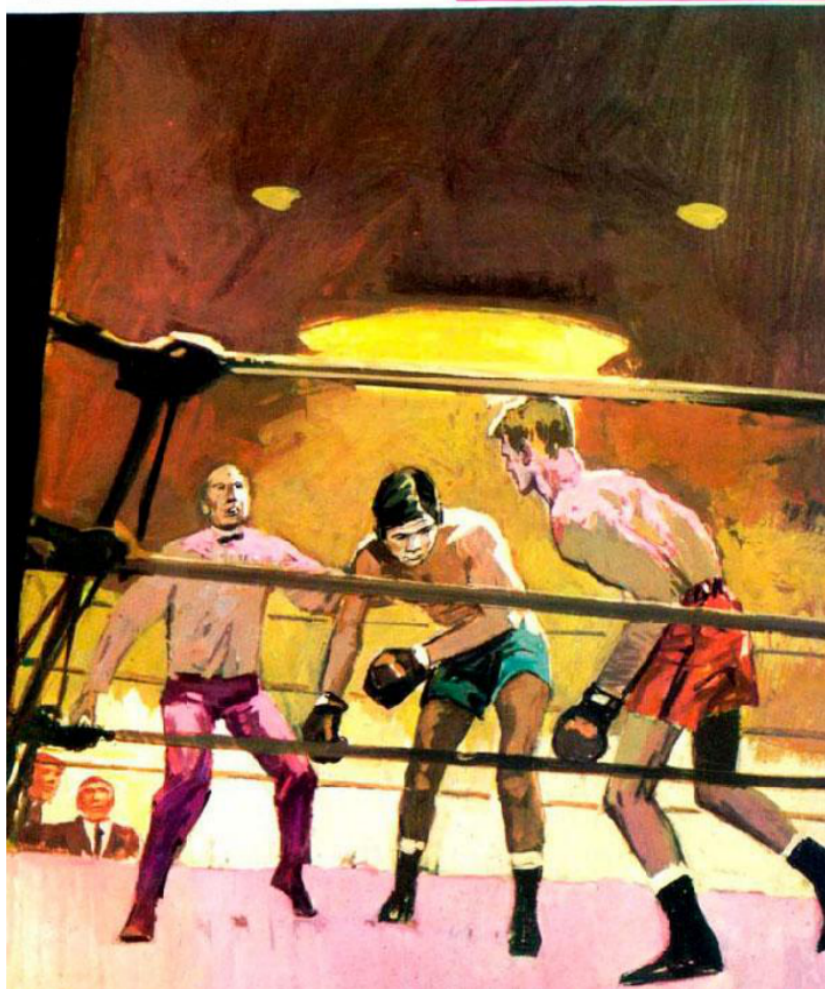


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

quince rounds para morir

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

QUINCE ROUNDS PARA MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 464
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 2.913 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1971

© SILVER KANE, 1971
sobre la parte literaria

© DESILO, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.210 — El oro de Satanás.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.072 — Solo valgo para morir.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

658 — Jimmy, el *Cara*.

En Colección BÚFALO:

906 — Todo el dinero de Texas.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

460 — La noche del gran silencio.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

63 — Réquiem por un pistolero.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

5 — Un regalo llamado muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMER ROUND

El árbitro, que iba a ser juez único de la pelea, les recomendó:

—Muchachos, quiero un combate limpio y noble. Ustedes saben lo que quiere decir eso. Ni entradas con la cabeza, ni codazos, ni agarrones para que el otro no pueda pelear. Si uno de ustedes llega a verse en malas condiciones, le aconsejo que abandone el combate. A mí no me gusta la sangre. En cuanto vea a uno en inferioridad, le contaré los ocho segundos de protección o lo enviaré definitivamente a su esquina. Obedezcan enseguida la voz de *break*, y en cuanto yo diga, «no se peguen», dejen inmediatamente de hacerlo. Por fin, si uno de ustedes es contado, el otro debe permanecer hasta que yo se lo indique en la esquina neutral que le señalaré oportunamente. ¿Entendidos? Pues ánimo, muchachos, ¡y a boxear!

Los dos contendientes se dieron la mano.

El árbitro les señaló sus esquinas, para que se situaran en ellas antes del primer tañido de *gong*.

Wallace, el juez, gustaba de las instrucciones un poco largas y gustaba también de que los boxeadores se sintieran protegidos. Miró hacia la mesa de los cronometradores, donde estaban además el delegado federativo y el médico de la Asociación de Boxeo.

El cronometrador que estaba junto al gong le hizo una señal afirmativa:

«Preparado».

Wallace alzó el brazo.

—¡Adelante!

¡*Gong!*

Los dos boxeadores avanzaron poco a poco, estudiándose. En el

centro del *ring* tendieron los brazos para chocar los guantes, a manera de saludo, y luego volvieron a retroceder, poniéndose en guardia.

Bueno, el gran momento había llegado.

Allí estaban los dos.

Sharkey, campeón de América de los pesos fuertes y número uno en el *ranking* mundial. Por lo tanto iba a ser nombrado aspirante a la corona de todas las categorías si vencía en aquel *match*. Sesenta combates profesionales disputados: 48 ganados por K.O., dos nulos y diez ganados a los puntos. Por tanto, nunca vencido. Veintiocho años, ciento diez kilos de peso, una bolsa de un millón de dólares.

Y el otro:

Benny, aspirante a la corona americana de todas las categorías. Veinte combates disputados como profesional, todos ganados por K.O. Por lo tanto, nunca vencido tampoco. Veinticuatro años, noventa y siete kilos de peso, una bolsa de medio millón.

Tercero en el *ranking* mundial. Si lograba vencer a Sharkey, sería nombrado muy posiblemente, en sustitución de éste, aspirante a la corona mundial, de los pesos máximos.

Fue él quien pegó primero.

Con precaución.

Estaba muy cerca de su esquina y oía la voz de su cuidador que le decía insistentemente:

—Cuidado, muchacho. Frénale al principio. Frénale, frénale, frénale.

Directo de izquierda.

Doblar con la derecha, pero sin lanzarse.

Otro directo de izquierda.

Sharkey lo esquivó todo fácilmente, con sólo leves flexiones de cuello y cintura. No llegó a rozarle.

Entonces atacó Sharkey.

Él prefería la corta distancia, porque era un consumado maestro en las salidas. Cuando los dos se desembarazaban uno del otro, después del rápido cambio de golpes en las cuerdas, Sharkey solía aplicar sus mortíferos e inesperados ganchos, que le habían dado docenas de victorias por la vía rápida.

Benny no esperaba que su enemigo aplicara aquella táctica tan pronto.

Había pensado que antes querría bailarle un poco.

Su cuidador le gritó:

—¡Salte! ¡Salte, muchacho, salte! ¡Fuera de las cuerdas!

Benny lo intentó por la izquierda.

Y encontró el puño de Sharkey.

Lo intentó por la derecha.

Y se encontró con aquel cruzado que sólo rozó su pómulo, pero que le hizo vacilar unas décimas de segundo al borde de su propia esquina.

El público se dio cuenta. Se dieron cuenta sobre todo los locutores de radio. Y las cámaras de televisión captaron también aquel momento inapelablemente.

Primer rugido de la muchedumbre.

Treinta mil espectadores llenando hasta el último rincón del Nuevo Madison.

Y millones de ojos en la televisión. Millones de tíos que mordisqueaban el puro ante la pantalla mientras pensaban: «Sharkey va a acabar pronto con ese...». Pero Benny logró salirse.

Era fuerte, pero también ágil. Sobre todo ágil. Hizo una finta y volvió al centro del *ring* con más facilidad de lo que esperaban, incluyendo el propio Sharkey. Porque el campeón, que pensaba aplicarle allí dos golpes más (todavía no decisivos, desde luego) se percató que su brazo derecho encontraba el vacío y terminaba pasando inútilmente entre las cuerdas.

Ahora el murmullo se repitió, pero fue al revés.

El público del boxeo tiene una ventaja.

No hay espectadores en ningún deporte que sean tan neutrales como en el boxeo.

Aplauden al que mejor pelea.

Benny se situó en el centro del *ring*.

No oía desde allí la voz de su cuidador, pero le interpretaba por los gestos:

«Mantente en el centro. Busca la distancia, muchacho. La distancia. No lo olvides».

Muy bien. La distancia.

Él tenía los brazos ligeramente más largos que los de Sharkey. Podía frenarle con directos de izquierda, algunos de los cuales castigarían además los pómulos y la mandíbula de su rival. Pero

Sharkey no era ningún saco. Sólo los tontos dejan que los directos de izquierda les martilleen una y otra vez, hasta ponerlos al borde del K.O., sin peligro para sus adversarios. Sharkey tenía piernas y, sobre todo, cintura. Contando con la desventaja de sus brazos más cortos, iba a entrar por dentro (es decir, por debajo de la guardia de Benny), una y otra vez.

Ahora lo intentó.

¡Perfecto!

Sharkey era un auténtico campeón, un tipo que había silbido hasta la cima a base de aprender recibiendo.

Cazó a Benny con un
uno-dos

a la mandíbula de los que ponen al público en pie. Benny incluso vaciló. Los dos golpes habían sido sencillamente magistrales. En la inmensa sala se oyó un estentóreo rugido.

El cuidador de Sharkey se desgañitó.

—¡Sigue, muchacho! ¡Dobla! ¡Sigue, sigue, sigue!...

Sharkey intentó seguir. A veces los golpes de esa clase son decisivos, a principios de combate, cuando el adversario aún está frío. Pero ya no pudo. De pronto se encontró con que Benny se había escabullida otra vez. Estaba casi a su espalda y hubiera podido cazarle muy bien, pero en el boxeo, claro, están prohibidos los golpes en la nuca.

El locutor de la NEC, decía en aquellos momentos:

—... El aspirante, Benny, esquivo francamente bien y ya ha logrado zafarse de dos buenos compromisos, en el minuto escaso que llevamos de pelea. Pero los compromisos, naturalmente, han sido creados por el campeón, que es quien lleva la iniciativa de una manera clara.

Benny esperó a que su enemigo girase.

Una buena oportunidad.

Había algunos novatos que giraban mal. Y entonces... ¡zas! Se encontraban con el puño que los hacía polvo.

Pero ¿qué tenía que ver Sharkey con los novatos? Sharkey giró muy bien, tanto que Benny se lo encontró debajo de su cintura cuando menos lo esperaba. Pero esta vez el campeón no se atrevió a entrar por debajo, ya que su enemigo estaba preparado. Se limitó a tocarle dos veces en el estómago claramente.

Benny no acusó los golpes.

«Resiste —pensó su cuidador—. Bueno, bueno, el chico aguanta...».

Pero los puntos sumaban a favor de Sharkey. Claro que eso tenía sólo una relativa importancia, porque Sharkey había prometido ante la Prensa, ante la TV, ante todo el mundo, que iba a ganar por K.O.

Los dos contendientes se lanzaron a la vez.

Se encontraron en el centro del *ring* y se medio abrazaron mientras se golpeaban los flancos. Sharkey, basado en su superior peso, empujó al rival hacia las cuerdas, buscando la corta distancia. Pero el árbitro fié dio cuenta de la maniobra y se percató también de que así no podrían pegarse limpiamente ninguno de los dos. Gritó:

—¡Break!

Los dos luchadores se separaron, empujándose recíprocamente.

En fracciones de segundo, Sharkey cambió de táctica. Se puso a bailar a su contrario, girando en torno a él. Su izquierda pasó cinco veces como cinco espadas entre la guardia de Benny. Sólo dos llegó a alcanzarle de lleno en la cara, pero la nariz del aspirante empezó a sangrar un poco, mientras su pómulo izquierdo se enrojecía.

Aquellos directos habían sido admirables. Algunos de los seguidores de Sharkey se pusieron en pie, aplaudiendo rabiosamente.

El cuidador del campeón gritó:

—¡Atrás!

Había adivinado la intención de Benny. Benny, con sus brazos parecidos a aspas de molino, iba a lanzar un uno-dos,

ahora que tenía a su rival a la distancia favorable. Con ello descuidaba su guardia, pero podía lograr nada menos que un K.O. Sharkey saltó hacia atrás en el momento oportuno, y los puños no hicieron más que enviar una corriente de aire a su cara.

Los dos rivales se observaron en el centro del *ring*.

Ambos ya se habían estudiado lo suficiente y sabían lo que el combate podía dar de sí. Sharkey sonrió levemente curvando sus labios sobre el protector de dientes. Decidió atacar a la primera oportunidad, aprovechando la guardia demasiado alta de Benny.

Hizo una finta con la izquierda, simulando ir a lanzar un directo.

Benny lo creyó. Alzó la guardia aún más. El puño de, Sharkey penetró entonces demoledoramente por debajo de sus brazos, alcanzándole en el diafragma. Por unos instantes, que el público no apreció, a Benny se le cortó la respiración. Pero Sharkey sí que lo supo apreciar. Disparó sus puños tres veces, con velocidad de ametralladora, sabiendo que su enemigo no reaccionaría.

Y Benny, en efecto, no reaccionó. Recibió los impactos de lleno. Se tambaleó un momento, mientras el público rugía.

Sus rodillas no se doblaron. Aguantó firme. Pero sintió, los impactos muy adentro, mientras una brusca sensación de debilidad le penetraba hasta los huesos.

¡Gong!

La campana sonó en aquel instante. Sharkey, que iba a golpear de nuevo, ahora arriba, detuvo el puño en el aire con un espectacular gesto y una brusca expresión de contrariedad, como si dijera: «Ahora que lo tenía...». De todos modos fue deportivo su frenazo. El público lo premió con una ovación.

Mientras el cuidador se inclinaba sobre las cuerdas, Benny avanzó hacia él. El chorro de agua de la esponja le saltó a la cara. Respiró hondamente.

El cuidador murmuró:

—Siéntate, muchacho.

—No. Estoy mejor así.

—Te ha encontrado el estómago, y yo quiero darte masaje. Hala, siéntate.

Benny ocupó la banqueta. Siguió respirando hondamente, recuperando fuerzas mientras el cuidador le daba un suave masaje al pecho y al estómago. Mientras tanto susurraba junto a su cara:

—No has conseguido frenarle, Benny, y eso es malo. No sé si te has dado cuenta, pero en este asalto has estado a punto de doblar la rodilla. Cuida la distancia. Sobre todo la distancia. Si le permites que se acerque estás listo. Cuando él se lance, tú retrocedes. No te importe lo que piense la gente. Tú retrocedes. Y si te lo encuentras encima, no aceptes el cambio. ¡Abrázale!

Benny cabeceó.

—Te entiendo, Oscar.

—Métete esta idea en la cabeza. Cuando te lo encuentres encima... ¡abrázale!

Benny volvió a cabecear.

Se sentía bien así.

Como ausente...

Los golpes no le dolían.

Tampoco estaba cansado.

El público y sus comentarios parecían lejos... lejos... lejos...

Benny miró hacia las sillas de *ring*. En la fila cero, muchos periodistas, fotógrafos y hasta algún manager venido expresamente de Europa. No en vano aquello era la antesala para el campeonato del mundo... En la fila, uno, muchos políticos de etiqueta, muchos millonarios y algún artista de cine. Hombres importantes, mujeres guapas. El público que todo boxeador sueña y que muy pocos llegan a conseguir. Su vista paseó más allá, hacia las filas seis u ocho.

También gente bien vestida, pero no de etiqueta. Todos blancos. Y entre los rostros blancos un rostro negro. Benny parpadeó. Tullman... el bueno de Tullman... Tullman allí... Tullman...

El cuidador le advirtió.

—Quedan quince segundos.

Pero Benny ni le llegó a oír. Quince segundos... ¿Qué significan quince segundos para la mente de un hombre, cuyo pensamiento puede ser tan rápido como la luz?

Tullman... ¿Cuánto tiempo hacía que no se veían?

¿Cuánto? Ah, sí... No demasiado, pero él tenía la sensación de que habían transcurrido años enteros desde entonces. Se había encontrado por primera vez en el entierro del pobre Karman...

—Vamos, muchachos, vamos... Retírense. Basta de fotografías. Un poco de respeto para el muerto, ¿no? ¿O creen que esto es la Convención del Partido Demócrata?

Sirius braceaba enérgicamente, mientras trataba de contener a la avalancha de fotógrafos de Prensa. Pero era inútil. Cuando el ataúd salió, a hombros de varios boxeadores profesionales, los *flashes* de las cámaras hicieron pensar en un bombardeo con cohetes y napalm en una maldita noche de guerra.

Sirius dejó de bracear.

Parecía haberse resignado a lo inevitable.

—Bueno, muchachos, despáchense a gusto... Pongan carroña en sus periódicos, pongan lo que quieran... Pero luego no digan que

alguien tuvo la culpa. Fue un accidente, un accidente que yo he sido el primero en lamentar.

—¿No cree que el árbitro debió parar el combate? —preguntó uno de los periodistas.

—Yo no me meto con los árbitros —dijo Sirius—. No puedo opinar acerca de personas que entienden de boxeo bastante más que yo.

—Pero los reglamentos son claros. Cuando un boxeador no responde a los golpes, aunque siga en pie, el árbitro debe detener el combate. Y cuando le fallen los reflejos también. A Karman le fallaban los reflejos y ya no respondía. Sin embargo, el árbitro siguió dejando que le pegaran. ¿Por qué?

Sirius volvió a braccar.

—Muchacho, ¿y yo qué puedo decirle? ¿El árbitro era yo? ¿He hecho de árbitro alguna vez? Hala, dejen pasar el ataúd. Un poco más de respeto, por favor. Comprendo las necesidades de la Prensa. Pero un poco más de respeto.

Al día siguiente, un diario bastante sensacionalista diría en su primera página, en grandes titulares:

EL ORGANIZADOR SIRIUS EXPLOTO A LOS VIVOS...

¡Y PIDIÓ RESPETO PARA LOS MUERTOS!

Pero aún no había llegado el día siguiente.

Aún estaba saliendo el ataúd.

Fue entonces cuando uno de los boxeadores que lo portaban desfalleció. No le faltaban fuerzas, claro. Pero la emoción y la tensión del momento pudieron más que él. Se desplomó de lleno, mientras una serie de cámaras ansiosas captaban su rostro y su caída. Y entonces estuvo a punto de producirse un momento trágico y a la vez grotesco, un momento que arrancó un «Ooooh» de angustia al apretado público que llenaba la calle.

Porque los otros portadores, ya demasiado empujados por el público, no esperaban que el ataúd cediese por aquel lado. Hicieron el gesto demasiado tarde y no rectificaron bien el equilibrio. El ataúd con Karman dentro... ¡118 kilos! Estuvo a punto de rodar por tierra.

Realmente hubo un instante en que ya nada lo sostenía.

Y fue en ese instante cuando surgió la mano, la mano de un solo

hombre, que sostuvo los 118 kilos al parecer sin esfuerzo y enderezó el ataúd, colocándolo otra vez sólidamente sobre los hombros de los porteadores.

Sirius le miró. Observó su planta de campeón, sus hombros anchos y sólidos, sus brazos largos y sus puños roqueños. Sirius era un buen calibrador de hombres. Por eso murmuró enseguida:

—¿Quién es ése?

Y fue entonces cuando intervino Tullman, que había acudido enseguida a ayudar a los porteadores del ataúd.

—Nadie, señor. Un simple aficionado. Olvídelo.

—Difícil olvidar a un tipo que tiene esa planta. Has de hablar con él cuando toda esta mandanga termine. Oye lo que te digo, Tullman: Quiero que hagas amistad con él.

Tullman bisbiseó:

—¿Pero para qué, Sirius? ¿No ha ganado bastante dinero? ¿No tiene ya suficiente con un muerto?

—Tienes que hablar con él. Averigua a qué gimnasio va. Porque ese tipo va al gimnasio y se entrena, desde luego. Quiero hablar con él mañana mismo.

Tullman asintió con una cabezada.

Tullman siempre decía que sí.

Tullman, tan duro en el *ring*, era en la calle demasiado blando, demasiado bueno.

CAPÍTULO II

SEGUNDO ROUND

¡Gong!

Benny pareció despertar de un sueño.

¿Ya habían pasado los quince segundos? ¿Tan pronto? ¿Ya estaban otra vez?

Oscar le empujó un poco para que se levantara de la banqueta.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Estás dormido? ¡Hala, pronto! ¡El protector de dientes!

Se lo encajó bien en la boca mientras Sharkey ya avanzaba raudo hacia la esquina de su contrario.

Quería aprovechar la oportunidad. Quería acorralarle en las cuerdas antes de que se encontraran en el centro del *ring*.

Benny se encontró un poco desguarnecido.

—¡Los brazos, muchacho! ¡Alarga la izquierda!

La alargó a tiempo. Pudo frenar a Sharkey antes de que éste se le viniera encima. Y lo hizo con tal fortuna, aprovechando la excesiva confianza de su rival, que el directo dio de lleno en la cara de Sharkey, haciendo que saltara en mil rayos de luz el agua que aún llenaba sus cabellos. Sharkey vaciló unas décimas de segundo. Y Benny dobló, aprovechando el resquicio entre los puños, alcanzando la mandíbula de su rival, que pareció estallar en mil pedazos como si fuera de vidrio.

Pero no lo era.

¡Qué demonios iba a serlo!

La sensación que tuvo Benny fue completamente engañosa. Aquel golpe había derribado a otros, pero no derribó a Sharkey. Ni siquiera le hizo vacilar más allá de un par de segundos. Sharkey se limitó a mover la cabeza, con gesto de profesional que sabe que se

ha equivocado, y retrocedió poco a poco hasta el centro del *ring*, dispuesto a componer la figura, preparar la guardia y arremeter de nuevo.

Benny aún seguía en su rincón.

Oyó la voz tranquila del cuidador, dominando los aplausos del público:

—Así es, chico. Ahora lo has hecho muy bien. Si repites eso dos o tres veces más, al tío le entra miedo. Seguro que lo frenas.

Benny avanzó.

Ahora la gente intuía, adivinaba que la pelea iba a cambiar de signo.

Los cuellos de los espectadores estaban estirados; los rostros ligeramente ansiosos.

Pero los que creían eso tuvieron una decepción. Porque la pelea no cambió de signo, sino que siguió como en el *round* anterior. Sharkey, un gato viejo del *ring* que además estaba en la plenitud de sus facultades, dejó que su enemigo atacara, le fintó un par de veces y luego se lanzó. Como la otra vez, aprovechó la guardia alta para meter sus dos manos a la altura del diafragma de Benny. Éste resistió mucho mejor que la primera vez, pero acusó los golpes. Retrocedió para evitar verse envuelto en la corta distancia. Su enemigo, la cabeza inclinada y el tronco formando casi ángulo recto con las piernas, le persiguió insistentemente, con una serie de golpes casi bajos que rozaban los límites de la tolerancia. Así, de pronto. Benny se encontró en las cuerdas.

Le pareció oír la voz lejana de su cuidador.

—¡Salte! ¡Salte!

Pero ya era tarde. Sharkey le cazó bien a la corta distancia y durante algunos segundos hizo con él lo que quiso. Dos cruzados a los pómulos, un corto al estómago, un conato de cabezazo a la ceja izquierda, un izquierdazo al hígado... ¡y atrás!

Benny quiso aprovechar la salida.

Pensó cazar a su enemigo cuando éste retrocedía. Disparó la derecha con todas sus fuerzas y casi acarició la nariz de Sharkey, aunque sin tocarla. Sonó un «Aaay» entre el público de la sala. Pero los entendidos en boxeo se dieron cuenta también de que Sharkey dominaba técnicamente la pelea.

Claro que Benny tenía una derecha terrorífica.

Lo había demostrado en el espectacular rastro dejado a su espalda. Un rastro de hombres tumbados sobre el tapiz y a los que todo el mundo fotografió en absoluto K.O.

Pero Sharkey también la tenía.

Y si Benny contaba con diez probabilidades de colocar sus golpes, Sharkey contaba con las otras noventa.

Benny persiguió a su enemigo hasta el centro del *ring*, donde le convenía la pelea.

La media distancia. Ése era su fuerte.

Pero Sharkey esquivó. Bailó un momento sobre sus ágiles piernas, mientras iba de un lado a otro del *ring*, demostrando su perfecto dominio de las distancias. Dos veces Benny trató de acercarse a él y dos veces encontró el vacío. No en vano Sharkey había aprendido con Cassius Clay y era todo lo contrario de un mastodonte, aunque sabía pegar como tal. Esperó la reacción de su enemigo, y cuando éste le pareció desorientado un solo momento... ¡atacó!

Su entrada fue fulminante y perfecta. Benny no movió los brazos a tiempo. Esta vez el enemigo penetró de nuevo por debajo de su guardia y le conectó una serie rapidísima de tres golpes directamente a la mandíbula. Los impactos fueron atroces. En el silencio expectante de la sala se oyeron como tres disparos: «tlac, tlac, tlac». E inmediatamente sonó un rugido.

Las piernas de Benny parecían haberse doblado por primera vez. Sharkey atacó de nuevo. Uno, dos, uno, dos...

Golpeaba el estómago, esperando que Benny bajase la guardia para cazarle la mandíbula.

Los golpes llegaban con claridad, con facilidad. Daba la sensación de que a Benny volvían a fallarle los pulmones.

El preparador de Sharkey gritó:

—¡No le dejes! ¡Ya es tuyo! ¡Sigue, sigue, sigue!

Pero Benny disparó su derecha.

Falló, quedando en mala posición.

Sharkey no pudo aprovecharla.

¡Gong!

Final del segundo asalto.

El árbitro indicó a los púgiles sus rincones, mientras él sacaba su bloc para anotar las puntuaciones. Pocas dudas había en eso,

Sharkey llevaba claramente ventaja.

Benny llegó a su rincón y escupió el protector de dientes. Su cuidador lo cazó al vuelo y lo pasó a su ayudante para que éste lo limpiara. Luego, estando Benny en pie, le pasó la esponja por la cara cuidadosamente.

—¿Cómo te sientes, chico?

—Bien.

—A ver, abre la boca y cierra. Abre la boca y cierra.

Benny lo hizo.

—¿Duele?

—No.

—Deja que te toque.

—¿Pero qué diablos pasa?

—Te ha dado en la mandíbula más de una vez. Quiere saber si estás perfecto, muchacho. Es por tu bien.

Le tocó con cuidado y al fin pareció quedar satisfecho.

—Nada importante. Vamos, Benny, siéntate. Quiera que descanses un momento. Quiero que te relajes. Respira fuerte mientras yo te doy masaje en los hombros. Tú tranquilo. No pienses en nada.

Benny se sentó y se relajó como le pedían. Pero en cuanto a lo de no pensar en nada... ¿cómo era posible? Ahora, mientras veía las luces que parecían descolgarse de un cielo negro, su cabeza era un volcán. No pensar, no pensar. ¡Dios santo! ¡Qué más hubiera querido él!

Pero allí estaba Sirius. Sirius estaba justamente detrás del rincón, y por eso no lo había visto antes. Sirius musitó:

—Eh, muchacho, quiero hablarte...

Desde la primera vez que habló con Sirius, había transcurrido más de un año. Un año de vorágine, de viajes, de entrevistas, de fotos, de dinero fácil. Claro que eso él no lo sabía entonces aún. No lo sabía cuándo llegó aquella tarde a Washington, a una casa de North Capitol Avenue, una casa no demasiado lujosa por fuera y que además estaba cerca del barrio negro. Pero bien arreglada y confortable por dentro.

Sirius en un gran diván, sobre una inmensa alfombra persa que valía una fortuna.

Sirius con dos chicas.

Dos minifaldas.

Unas medias preciosas, unas piernas de calidad. Unos movimientos de tigresas perezosas.

Sirius que sonreía.

—Entra, chico, entra.

Y la pequeña pregunta, un tanto extraña, de Benny:

—¿Por qué le llaman Sirius?

—Je, je... Ya has comprendido que ése no es mi verdadero nombre. ¿O quizá te lo ha explicado Tullman? Porque es Tullman quien te ha enviado aquí, ¿no?

—Exacto, señor. Él vino a buscarme hace días al gimnasio donde entreno.

—Quizá se precipitó. Yo no recibo con facilidad a los que empiezan. ¡Mi tiempo es tan valioso! Pero contigo haré una excepción. Nos sacaste de un mal momento cuando lo del entierro del pobre Karman, ¿sabes? Y por eso haré una excepción; sí, por eso voy a hacerla. Karman era mi pupilo y con él había llegado a la antesala del campeonato mundial. Yo le quería mucho.

Un silencio, mientras las chicas se sentaban y exhibían la piel tersa de sus muslos.

—Satisfaré tu curiosidad, Benny. Me llaman Sirius porque yo soy sirio, por esa elemental razón. Y es que mi verdadero nombre árabe... ¡resulta tan complicado! Pero la cosa no tiene importancia. Ya que estás aquí hablaremos. Sí, chico, hablaremos. Me disgusta que la gente pierda el viaje cuando se acerca a mí. Pero antes, ¿qué quieres beber?

—Sólo una

Coca-Cola

con limón, por ejemplo. O una limonada natural. No pruebo el licor.

—Haces bien, haces bien. Ninguno de mis chicos prueba el alcohol nunca. Y las mujeres muy poco, claro, aunque también hay excepciones. Chita.

Una de las sirenas, la de medias más oscuras se alzó.

—¿Qué se te ofrece?

—Una limonada para mi amigo.

Chita se evaporó, caminando perezosamente. Era alta, bien torneada, espléndida. Con los colores sanos de las granjeras de Kansas. Con las curvas apetitosas de las chicas casaderas de Kansas.

¿Qué hacía allí, en North Capitol Avenue, cerca del barrio negro?
¿Qué hacía allí con un sirio?

El dueño de la casa contestó a la muda pregunta de su visitante, una pregunta que se le notaba en los ojos.

—Dinero —murmuró—. Dinero, chico. Yo he hecho alguna pasta, pero mis boxeadores han hecho mucha más que yo. Y cuando se retiran pueden tener a mujeres como a Chita, por ejemplo. Ella es una de mis concubinas. Tengo siete, además de cuatro mujeres fijas. Ya sabes que la religión mahometana me autoriza a tener cuatro esposas legítimas, y en cuanto a concubinas, tantas como pueda mantener. Al principio las autoridades de Inmigración me pusieron dificultades, porque dijeron que en los Estados Unidos eso era inmoral. Pero yo les acusé de ayudar a los judíos, de ser unos vendidos al oro de Israel. Hubo su campaña de Prensa, no creas. Pero yo me quedé con mis chicas. ¿Qué te iba diciendo? Ah, sí, que hay dinero largo a ganar. Claro que no resulta tan fácil... El dinero hay que quererlo, amigo, hay que quererlo como a una mujer soñada; con toda el alma. Pero ahí viene la limonada. Bebe con calma, bebe... Dime, ¿conocías a Karman?

—No, señor.

—¿Pues entonces, cómo te dejaron pasar a la sala antes de que saliera el entierro?

—Tengo licencia federativa, señor. Y Karman había venido a mi gimnasio a veces. Yo le consideraba un ídolo. De todos modos la verdad es que nunca me habló.

—Habrás peleado como aficionado...

—Sí, señor. Doce combates, doce K. O. Tengo el historial aquí, en los recortes de los periódicos. Los traigo por si quiere verlos.

Sirius había sonreído.

—Chico precavido, ¿eh? Vienes preparado y vas a lo directo. Eso me gusta. Tienes planta y quizá pudiera hacer algo contigo, pero me falta convencerme. He de verte en el *ring*, ¿sabes? ¿Boxeas ahora?

—No.

—¿Por qué?

—No me dan combates.

—¿Ninguno? ¿Y qué cuerno piensa tu manager?

—Pensaba cambiar. Al que tengo ahora no le caigo simpático. Es un manager de esos que tienen setenta boxeadores y cobran una

pequeña comisión por cada uno. Entre los setenta, nunca se ha fijado demasiado en mí.

Otra sonrisa de Sirius, una sonrisa de hombre que sabe lo que es la vida.

—Eso es lo malo de los managers baratos. Les pagas una miseria, pero no se ocupan de ti. Yo, en cambio, sólo tengo dos o tres chicos. A veces solo uno. A Karman lo tenía en exclusiva, y mi organización giraba en torno a él. Así llegó arriba, muy arriba, hasta que tuvo mala suerte. Tú lo sabes. Estuviste en el entierro. Y quizá viste el combate por televisión.

—Claro que lo vi, señor.

—Entonces te darías cuenta. El árbitro debió parar el combate. Y el cuidador hubiera arrojado la toalla, pero Karman le pedía una y otra vez que no lo hiciese. Naturalmente, despedí al cuidador. Indignante. Uno que está en la esquina, tiene que ver lo que el boxeador no ve. ¡Y nada de hacerle caso! Pero ésa ya es agua pasada, chico. Karman está en la tumba y nada podemos hacer. Descanse en paz. ¿Otra limonada?

—No, gracias, señor.

—Chita, trae un poco de Licor del Líbano. Sólo un par de dedos, para que mi amigo lo pruebe como una demostración de cortesía. ¡Y no exhibas tanto las piernas, descarada! Hay que ver lo que sois... A un boxeador no hay que tentarle. Hay que impedir que sueñe continuamente en curvas.

Un lápiz que garabatea unas señas. Una mano que escribe rápidamente.

Un papel que se tiende hacia Benny.

—Toma, muchacho, ésta es la dirección de mi gimnasio y mi cuartel general en Nueva York. Preséntate allí dentro de dos días. Viajes pagados, por supuesto, además de hotel. Por correo recibirás hoy mismo todo lo necesario, en cuanto yo hable con mis administradores. Pero no te hagas tampoco demasiadas ilusiones. Es sólo una prueba. No sé qué diablos resultará...

CAPÍTULO III

TERCER *ROUND*

¡Atención!

El gong iba a sonar de un momento a otro.

Benny sintió que le ponían el protector bucal entre los dientes.

Sirius se encaramó un poco hasta el poste en que aún apoyaba sus espaldas Benny.

—Muchacho, muchacho...

Benny alzó la cabeza.

—Tienes que atacar en este *round*, muchacho. Es el tercero. Me gustaría que dominaras al menos tres asaltos a Sharkey. No dejes que te gane la moral y que se suba demasiado por las cartulinas. En puntuación va por delante. No mucho, pero va por delante.

Benny asintió.

¡Gong!

Ya estaba allí el tercer asalto.

Mientras se levantaba de nuevo, aún oyó la voz de Sirius, quien no tenía ningún derecho a dar instrucciones desde la esquina, pero las daba.

—¡Ataca!

Benny atacó.

Lo mismo le habían dicho a Sharkey. Sólo que a Sharkey se lo habían dicho de otro modo:

—¡Te lo estás comiendo! ¡En este asalto acabas con él!

Sharkey trató de acabar.

Se lanzó enseguida hacia adelante, buscando la cara, pero fue una imprudencia. Benny ya había recibido bastante en los dos primeros asaltos, y en el tercero movió el brazo izquierdo muy bien. No sólo frenó a su adversario cuando venía lanzado, sino que le

estrelló tres veces el puño en plena cara. Fue un tam-tam-tam de los que repercuten hasta en las uñas de los pies. Sharkey quedó instantáneamente frenado, mientras un locutor gritaba:

—¡Señores, ustedes lo están viendo a través de las pantallas! ¡Señores, qué tres directos!

El público también aplaudió.

Pocas veces se había visto frenar a un campeón con aquella limpieza.

Pero Sharkey osciló el cuerpo la próxima vez. Simuló que atacaba por la derecha y arremetió por la izquierda, en una hábil finta de cintura, mientras Benny fallaba el directo.

Los golpes a los flancos fueron terribles. Benny se estremeció.

Bajó la guardia.

Y el puño derecho de Sharkey subió entonces como una catapulta, buscando el hueco, para ir a estrellarse con terrible fuerza contra la ceja izquierda del aspirante. Éste sintió que el impacto le repercutía en todo el cerebro. Inmediatamente el ojo fue cubierto por la sangre.

El cuidador, en la esquina, se pasó una mano por la cara.

Mal asunto, muy mal asunto. ¡Una ceja partida ya en el tercer asalto! Aquello podía acabar en una condenada carnicería.

Sharkey se dio cuenta también de lo que eso significaba. Y, a pesar de que en ese momento tenía una baza muy favorable, se agarró en lugar de pegar.

Como gato viejo que era, frotó enérgicamente su cabeza contra la herida abierta de Benny.

De ese modo ensanchó la brecha. De ese modo hizo casi imposible que llegaran a cerrarla bien los que estaban en la esquina.

El público no se dio apenas cuenta de la maniobra, pero el árbitro sí.

—¡Fuera! ¡Paso atrás, Sharkey! ¡Fuera!

Sharkey obedeció.

No le convenía exponerse a que le descalificasen. Tenía el combate ganado. Todo consistía en ir «madurando» a su enemigo durante la enormidad de asaltos que aún faltaban por pelear.

Mientras Sharkey retrocedía, Benny tuvo una excelente oportunidad para pegarle bien. Con sólo extender el puño le hubiera arrasado la mandíbula. Pero como su rival retrocedía por

indicación del árbitro, él no se atrevió a pegar.

Desde el centro del *ring*, oyó perfectamente la voz de su cuidador:

—¡Idiota!

Los dos hombres volvieron a encontrarse en el centro del *ring*. Y Sharkey volvió a abrazarse.

Era un buen «trabajo».

Benny sentía que la sangre le resbalaba por la cara y que el ojo se le iba cegando más cada vez.

La voz de su cuidador llegó insistente:

—¡No le dejes acercarse, chico! ¡La distancia! ¡La distancia!

El árbitro volvió a darse cuenta.

—¡Sepárense!

Lo hicieron los dos. Y el árbitro señaló la frente de Sharkey, que también estaba tinta en sangre de tanto frotarla contra la ceja de su rival.

—Te lo advierto, Sharkey. No uses la cabeza. Sí vuelves a repetir la jugada te haré una amonestación pública, y luego ya sabes lo que puede pasar.

Sharkey abrió los brazos, con teatral gesto de impotencia, demostrando al público que se estaban metiendo con él.

El público abucheó al árbitro.

Éste juntó las manos en un gesto enérgico.

—¡Box!

Los dos rivales volvieron a cruzar guantes en el centro del *ring*, sin golpearse, estudiándose mutuamente. Después de la brillante iniciación del asalto, éste había entrado en una fase gris y casi sucia. Pero ello es casi inevitable en un combate largo, y el público lo sabía. Por eso se guardaba en la enorme sala un expectante silencio.

Ahora Sharkey parecía un poco impresionado por las palabras del árbitro.

Debido a ello no entró de momento en la corta distancia, lo cual favorecía extraordinariamente a Benny. Éste osciló un momento, mientras miraba con un solo ojo, el derecho. Como el izquierdo estaba tapado, daba por descontado que Sharkey atacaría por allí.

Y así ocurrió, en efecto.

Pero él estaba prevenido.

Cuando Sharkey hizo una finta, trató de desorientarle y al fin le atacó por el lado izquierdo, Benny no perdió la serenidad. Para él fue, por decirlo así, como un golpe de laboratorio. Tendió el brazo y se encontró con la mandíbula de Sharkey en el punto exacto que él sabía iba a encontrarla. El impacto fue de los que suenan en toda la sala. Sharkey salió despedido hacia atrás, chocó con las cuerdas y quedó unos segundos colgado de ellas. Eso fue lo que le impidió caer.

Pero se incorporó al instante.

Mi siquiera dejó que el árbitro le contara la cuenta de protección, porque unos segundos después ya se había lanzado rabiosamente al ataque. Ante un rival que parecía sorprendido, disparó los puños con ciega furia. Benny recibió un impacto en el cuello, otro en el plexo solar y un tercero en la ceja que ya tenía abierta.

El público se había puesto en pie.

Los locutores se desgañitaban para dominar con sus voces los atronadores aplausos.

—¡Hemos visto la mejor derecha de la noche, amigos! ¡Qué derecha la de Benny! ¡Cómo ha llegado hasta la mandíbula del campeón, enviándolo al otro lado del *ring*! ¡Sólo las cuerdas le han salvado de una caída que no hubiera sido definitiva, pero que pudo encarrilar el combate! ¡Y qué reacción la de Sharkey, amigos! ¡Qué campeón de cuerpo entero hay en él! ¡Cómo ha acorralado a su rival en las cuerdas, cómo le castiga el hígado, el estómago, la mandíbula! ¡Otra vez! ¡Derecha, izquierda! ¡Derecha, izquierda! ¡Benny acusa el castigo! Está lento de reflejos. ¡Otra derecha a la cara! ¡Señores Benny va a caer!

Pero Benny no cayó. No sólo se mantuvo en pie, sino que logró desembarazarse de su enemigo con un par de ganchos cortos, exentos, eso sí, de toda brillantez.

Sharkey se dispuso a atacar de nuevo.

Se daba cuenta de que podía haber llegado el momento decisivo del combate.

¡Gong!

El árbitro dio un salto y se puso delante de Sharkey porque supo adivinar —él también era gato viejo— que el campeón colocaría algún agolpe después de la campana, valiéndose de la

desorientación de su enemigo. Lo echó enérgicamente para atrás.

—¡A tu rincón, Sharkey! ¡A tu rincón! ¡Fuera!

El campeón retrocedió, mientras Benny se dejaba caer materialmente en la banqueta que acababan de poner en su rincón.

—Esa ceja... —murmuró el árbitro mirando al cuidador—. Cuídele bien esa ceja, porque de lo contrario la haré examinar por el médico. La observaré bien en el asalto próximo. Y ya veremos. Ya veremos.

El cuidador se inclinó sobre Benny.

—La cabeza para atrás, chico.

—¿Qué pasa?

—He de limpiarte la ceja, Benny. Quiero saber lo que hay ahí dentro. Y cuídala porque la cosa está clara.

—¿Qué es lo que está claro?

—Lo que acaba de decir el árbitro. Si éste fuera un combate de aficionados, ya lo habría parado por inferioridad tuya, pero es un campeonato de América y aguantará un par de asaltos, no creas. Si ve que sigues sangrando, te enviará al rincón y declarará vencedor a Sharkey. No quiere que te pase nada, Benny. Ya hay malos antecedentes en este asunto.

—Pero es que Sharkey no hace más que frotarme con la cabeza.

—Evítalo. Tú eres más alto que él. Si hace falta le abrazas la cabeza y en paz. El público chillará, pero tú eres lo único que importa. Hala, muchacho, la cabeza para atrás. Ahora descansa, descansa... Tranquilo.

Benny cerró los dos ojos.

Le dolía la ceja, no podía evitarlo.

Era un dolor que tenía que aguantar bien, pero a ratos insufrible...

¡Qué distinto había sido todo cuando empezó! ¡Qué distintos los primeros combates que le proporcionó Sirius!

¡K.O. en el minuto 1,16 del primer asalto!

¡K.O. en el segundo 13 del primer asalto!

¡K.O. en el minuto 1,02 del segundo asalto!

¡K.O.!

¡K.O.! ¡K.O.!

A Benny aún le parecía ver los rivales tendidos en la lona. Aún le, parecía oír los aplausos del público. Y aquellas preguntas de los

periodistas que tanto se parecían unas a otras:

—¿Cree que es usted mejor que Karman?

—¿Hasta dónde piensa llegar?

—Si le dieran una oportunidad, ¿retaría a Sharkey?

Benny abrió los ojos de nuevo.

Bueno, ahora Sharkey ya estaba allí, en el otro rincón, a unos pocos pasos. Lo había retado. Él era de los que según el público, *había llegado a lo alto*.

Torció la cabeza a un lado, mientras probaba a abrir los dos ojos.

Vio bien.

Mejor de lo que pensaba.

Y vio también a Chita en la quinta fila. ¿O tal vez era la sexta? Chita tenía los ojos clavados en él con una expresión entre ansiosa y apenada. Buena chica, al fin y al cabo. Buena chica de verdad, demonios. Sirius se la había traspasado después de su octavo K.O. consecutivo. Se la había traspasado de un modo elegante, diciendo:

—Yo tengo que salir para Filadelfia. El próximo contrato te lo llevará Chita para que lo firmes en tu casa.

Y Chita había venido con el contrato.

Y con una de sus minis.

Y con todo lo demás.

Sus medias color humo, sus labios intensamente rojos, sus ojos con tonalidades de mar, su expresión quieta de chica que está allí para hacer felices a los hombres. Chita había sido todo eso y mucho más, en la quietud del apartamento de Benny, mientras caía la tarde.

¡Dios santo! ¡Qué lejos estaba todo!

¡Y qué cerca estaba ya el *round* que podía ser decisivo!

El cuidador musitó:

—¿Te hago daño?

—No. Ahora estoy muy bien.

—Tiende los brazos y respira.

Benny los tendió.

Casi junto a su axila se mostró entonces aquel tatuaje... Aquel extraño tatuaje que consistía sólo en tres cifras: 6 – 27 – 13. ¿Qué era el 6 – 27 – 13? ¿Un número de teléfono? ¿Unas medidas? ¿La matrícula de un coche?

El cuidador musitó:

—De verdad, muchacho, ese tatuaje nunca lo he entendido.

—Yo tampoco.

—¿Pues por qué te lo hiciste?

—No me lo hice. Me lo hicieron.

—¿Dónde?

—Quieres distraerme de mis preocupaciones, ¿eh?

—No, hombre... Dímelo. ¿Dónde?

—Bah, eso es largo de contar.

Tampoco iba a tener tiempo.

Porque en aquel momento sonó la voz a través del micro:

—¡Atención!

Benny se puso maquinalmente en pie mientras pensaba:

—Ya está ahí el cuarto asalto. Ya está ahí el cañoneo de Sharkey.

CAPÍTULO IV

CUARTOROUND

Sharkey, en efecto, salió decidido a atacar de lleno y acabar por la vía rápida, pero de momento se vio frustrado en sus intenciones. El árbitro indicó a la mesa que no contabilizara el tiempo y reunió a los dos combatientes en el centro del *ring*.

—Una sola advertencia —dijo—. Nada de cabezazos. Esto va especialmente para ti, Sharkey. Y tú, Benny, no me hagas un melodrama si te envío al rincón. Quiero, sobre todo, corrección deportiva. Vigilaré tu ceja. ¡Y ahora la pelea!

¡*Box*! Indicó con otra seña a la mesa que podía empezar a cronometrar.

Sharkey se lanzó a fondo.

Y con suerte.

Alcanzó a Benny, que estaba desprevenido y que con aquello demostró que aún le quedaba mucho por aprender. Fue cazado de lleno en el pómulo derecho, y éste se abrió. Fue una pequeña fisura solamente, pero que nuevos golpes podían convertir en una brecha peligrosa.

El árbitro apretó los labios.

Bueno, sólo faltaba eso.

La ceja y el pómulo.

Para él, la cosa estaba sentenciada. Todo consistía en saber cuánto podría tardar en enviar a Benny a su esquina.

Sharkey atacó de nuevo, pero cometiendo el error de las otras veces. Excesivo deseo de acabar pronto. Menospreció de su rival, al que creía mucho más acabado de lo que estaba.

Descuidó, al atacar con la derecha, todo el lado izquierdo de su cuerpo. Y por allí llegó la derecha de Benny, potente como una

maza. Gracias a que Sharkey se apartó en el último momento, el golpe no fue definitivo. Pero lo recibió detrás de la oreja y sintió como un terrible campanillazo en el cráneo, mientras todo su cuerpo se tensaba.

No sólo falló el golpe, sino que recibió. ¡Y de qué modo! De un salto retrocedió hasta las cuerdas mientras movía la cabeza, deseando quitarse de encima la niebla que le había cubierto los ojos.

Ahora sí que el cuidador de Benny se desgañitaba:

—¡Síguelo! ¡Síguelo! ¡Síguelo, maldito!

Veía la oportunidad del K. O... Ante eso, había perdido toda prudencia. Casi se lanzó al *ring*, como deseando empujar a su pupilo.

Por su parte, el cuidador de Sharkey masculló:

—En las cuerdas, muchacho. Tú tranquilo. Espera.

Y Sharkey esperó.

Sabía lo que tenía que hacer.

Cuando su rival venía, él se lanzó hacia adelante, pero no con los puños, sino con los brazos abiertos, dispuesto a abrazarle. Y llevando la cabeza un poco por delante.

El choque fue brutal.

Directo a la ceja de Benny.

Éste se retiró instintivamente, y un «Ooooh», de asombro, decepción y también lástima se levantó entre el público.

A Benny se le estaba llenando de sangre todo el lado izquierdo de la cara.

La brecha se ensanchaba más y más.

El árbitro apartó de un brutal empujón a Sharkey, que ya se lanzaba.

—¡Quieto! ¡A tu rincón! ¡A tu rincón, pronto!

Y se situó ante Benny para contarle hasta ocho.

Era la llamada «cuenta de protección», la que se aplica a un boxeador que pasa por un mal momento, aunque siga en pie, para que se rehaga y evitar que pueda recibir nuevos golpes en malas condiciones.

Benny miró a su cuidador.

Éste evitaba mirarle a él.

La cosa estaba clara. Le veían perdido. No sabían ni qué decirle.

—Siete... Ocho... ¡Box!

Benny avanzó de nuevo, pero poco a poco, cubriéndose la cara. En cuanto a Sharkey, no se dio prisa. Sabía que ya no era necesario arriesgar nada. Sólo con ir empleando la cabeza, vencería a su rival por K.O., técnico.

Hizo un par de fintas, golpeó al aire y enseguida trató de abrazarse.

Pero esta vez no llegó ni a tocar la cabeza de su rival. El árbitro ya estaba hasta las narices. Separó a los dos boxeadores con un gesto de rabia e hizo una seña a la mesa, indicando luego a Sharkey.

La voz, a través del micro, llenó la sala:

—El juez del combate amonesta por primera vez al boxeador Peter Sharkey por boxeo incorrecto.

Sharkey abrió teatralmente los brazos, con un nuevo gesto de impotencia, mientras giraba en el *ring* para dar la cara a los cuatro puntos cardinales del Madison.

El abucheo fue espectacular.

La gente no era tonta. El público se había dado cuenta de la pelea que trataba de hacer Sharkey.

Entonces éste se inclinó rodilla en tierra, como pidiendo perdón al público, y sonaron aplausos.

Mientras tanto, Benny ya se había limpiado un poco la sangre con el guante.

—Nada, chico. Tú tranquilo. Tú trabájalo... Trabájalo.

Oyó perfectamente la voz del cuidador de Sharkey:

El árbitro, situado entre los dos, alzó una mano y la bajó tranquilamente:

—¡Box!

Sharkey se lanzó a la carga. Le habían dicho que peleara tranquilo, pero su temperamento no era para esas cosas. Había ganado fama en el *ring* y había llegado a la antesala del título mundial gracias a su implacable violencia. Le pareció ver a su enemigo tan desarbolado que pensó que, con un poco de decisión, podía acabar con él.

Entró en corto, pegando al estómago. Luego, con un golpe no demasiado ortodoxo, alzó los dos puños unidos y los clavó especialmente en la mandíbula de Benny.

Todo lo que el golpe tuvo de irregular, lo tuvo de cinematográfico. Pareció como si la gente viera alzarse los dos puños en cámara lenta. Como si un equipo de *hi-fi* reprodujera el siniestro «Chaaaask». Como si a la cabeza de Benny se la viera repercutir de un lado para otro en una pantalla gigante.

Los efectos del impacto fueron espectaculares. Benny no pudo resistirlo, terminó apoyándose en las cuerdas, con medio cuerpo fuera del *ring*, y Sharkey se lanzó hacia él. El árbitro le detuvo.

—¡Quieto!

Demasiado sabía Sharkey que no se puede pegar a un rival que tiene parte del cuerpo fuera. Pero a veces a uno le conviene olvidarse de lo que le enseñaron en la escuela.

Benny había terminado por doblar la rodilla.

El árbitro contó:

—Uno... Dos... Tres... Cuatro...

Al llegar a nueve, Benny se puso en pie.

Aún no parecía muy seguro de sí mismo.

Oyó, como si llegara desde muy lejos, la voz de ¡Box!

Aquello podía significar su fin.

Y oyó también, como estallando dentro de su cráneo, la campana salvadora.

El gong le había salvado de un casi seguro K.O.

Sharkey dio un puñetazo al aire mientras giraba otra vez hacia el público y, con los brazos abiertos, lo ponía como testigo de su desgracia. Esta vez la gente aplaudió porque, en efecto, no podía decirse que al campeón le hubiera acompañado la suerte.

Benny vacilaba al llegar a su rincón.

Oyó algunos comentarios de las primeras filas, hechos en voz demasiado alta:

—Está sonado:

—Más valdría que se retirara ahora.

—Pueden hacerle daño. Ya no vale la pena seguir. ¡Eh, cuidador! ¡Asesino!

El cuidador limpiaba de nuevo la cara y la ceja de Benny, que se había dejado caer en la banqueta, mientras su enemigo, en el rincón opuesto, simulaba saltar a la cuerda tan fresco, sin ni siquiera secarse la cara.

—Eh, chico... ¡Chico! ¡Benny!

Benny dijo solamente:

—Hummm...

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Oye, muchacho, tú sabes que te aprecio. No quiero que te pase nada.

—Déjate de monsergas. ¿Cómo está mi ceja?

—Te la arreglaré, pero seguirá sangrando. No creo que el árbitro te dé más allá de un par de asaltos.

—Los aguantaré.

—Escucha, chico. Óyeme bien. Yo soy tu amigo. En dos asaltos pueden hacerte mucho daño. Ya sabes. A veces hay desgracias. Piensa en el pobre Karman, que quiso aguantar los quince. Que el campeón te tumbe en el quinto *round*, tampoco es una deshonra. La próxima vez que te toque y te caigas, no te levantas más. Hala, chico, hala... Conocimiento. Lo que te pagan por esto tampoco da para tanto.

En aquel momento, Sirius se acercó al rincón.

—¡Benny! ¡Benny!

Benny volvió apenas la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Quiero que le aguantes al menos ocho *rounds*. Oye, chico, oye bien. El acuerdo que he hecho con la televisión es por minutos. Ellos intercalan anuncios en cada descanso. Más asaltos y más descansos, más anuncios. Nosotros vamos al tanto por ciento. Si esto no dura ocho *rounds*, no se va a ganar nada. Mézetelo en la cabeza, Benny. Ocho *rounds* al menos... No es tan difícil.

Y se retiró.

El cuidador refunfuñó en voz baja:

—Claro... No es tan difícil. ¡Cómo a él no le pegan!

Benny respiró hondamente tras aceptar un poco del agua que le ofrecían.

—No te preocupes —susurró—. Aguantaré.

—Que te crees tú eso. Según lo que vea, tiro la toalla.

—Te jugarías el porvenir con Sirius. Déjame a mí, muchacho. Ten confianza. Y ahora calla... Emplea la toalla no para tirarla, sino para hacerme con ella un poco de viento.

Mientras recibía en la cara aquel aire vivificador, Benny cerró

otra vez los ojos y apoyó la cabeza en las cuerdas.

¿Cuántos segundos podían faltar? ¿Diez? ¿Doce?

Bueno, ¿qué importaba?

Su pensamiento siempre sería más rápido.

Y el pensamiento le llevó a aquella loca tarde con Chita, mientras en el Hudson ululaban las sirenas de los grandes cargueros. Chita moviéndose ante él. Chita besando. Chita demostrando que una mujer puede ser como mil mujeres, como mil locuras distintas.

¡Qué distinto resultaba todo entonces!

¡K.O.!

¡K.O.! ¡K.O.!

Y los paseos triunfales de ciudad a ciudad. Y la cuenta corriente que engrosaba. No de una manera loca, pero sí constante. «Si llegas a la cima serás un hombre rico, Benny. Pero no serás feliz. ¡Entonces tendrás que librarte de los recaudadores de impuestos!».

La tarde con Chita. Él no la olvidaría jamás. Y por eso, pocos días más tarde, fue al departamento de ella, en las cercanías de Columbus Circle, para repetirla.

Pero no estaba Chita.

Estaban aquellas dos bofetadas.

Y detrás de las bofetadas la mano de la muchacha desconocida. Aquellos ojos grises. Aquella boca de fresa, pero de fresa crispada por el dolor.

—¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!

Benny recordaba perfectamente a la muchacha. Y recordaba su nombre.

Lo repitió lentamente, mientras contaba los segundos que faltaban para volver a empezar:

—¡Ethel... Ethel... Ethel...!

¡GONG!

CAPÍTULO V

QUINTO ROUND

Benny se puso en pie dispuesto a hacer lo único que entraba en sus cálculos por el momento: ir frenando a su enemigo a base de directos. Nada de abrazarse. Cada vez que se abrazara, Sharkey le barrenaría con la cabeza en la ceja, a pesar del árbitro y de todos los árbitros que ha habido en el mundo desde la Era Cristiana.

Tampoco Sharkey estaría tan rápido y acometedor como al principio. Con el combate bien encarrilado, adoptaría una táctica conservadora que quizá permitiría tomar un respiro a Benny.

Eso pensaba el aspirante mientras se acercaba al centro del *ring*.

Pero... ¡sí, sí!

Táctica conservadora...

¡Y un cuerno!

Sharkey alzó la mano izquierda para protegerse la cara y atacó con la derecha. Uno, dos, uno, dos... Los golpes llegaron al estómago con más rapidez de lo que nadie esperaba. Benny los acusó ligeramente. Y entonces la mano izquierda, que había bajado mientras tanto como quien no quiere la cosa, subió como una catapulta.

¡Zas!

Benny fue cazado en la mandíbula de lleno.

Trastabilló, a punto de caer, pero pudo mantener la vertical. Por puro instinto tendió el brazo derecho y logró frenar a Sharkey cuando éste se disponía a dar el golpe decisivo.

El cuidador del campeón ordenó:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Boxéalo! ¡Boxéalo!

No hacía falta que su pupilo se arriesgara a nada. Bastaba con ir machacando. De modo que Sharkey se hizo un poco para atrás, se

frotó los guantes y se dispuso a girar en torno a su enemigo.

Lo hizo bien. Lo hizo bien técnicamente, pero aquello resultó ineficaz. Porque Sharkey era un tipo temperamental a quien le reventaba que le dieran normas. Lo suyo era el ataque constante hasta deshacer al contrario. Todo aquello de machacar para ir ablandándolo, le parecía agua de borrajas. Por eso no resultó extraño que Benny le fuese frenando una y otra vez a base de disparar con precisión sus largos brazos. Aquel asalto, el quinto, fue el menos combativo y el más feo de la pelea, por lo menos hasta entonces. Hubo momentos en que el público llegó a abuchear, ante un púgil que se limitaba a defenderse y otro que no se decidía a atacar.

De todos modos, la puntuación iba siendo abrumadoramente favorable a Sharkey. Desde el punto de vista del que le dirigía desde el rincón, estaba realizando una buena pelea, sin arriesgar ni una uña. Pero el gong sonó cuando el asalto marchaba sin pena ni gloria.

La ceja había seguido sangrando.

Benny se derrumbó en la banqueta. Vio confusamente que el árbitro venía hacia él.

—Oye, muchacho...

—¿Qué pasa? ¿He hecho algo que no debiera?

—Tú ceja. No la han tocado una sola vez.

—Mejor, ¿no?

—Pero sigue sangrando, y es eso lo que no me gusta. El que sangre ella sola. Voy a hacer que te la vea el médico.

El cuidador no se opuso, pero Benny hizo un gesto negativo.

—Por favor, aún no. Podría suspender el combate.

—De acuerdo. Es justamente eso lo que quiero saber.

—Se lo suplico...

—Aunque te parezca mentira, Benny, esto no es cuestión tuya.

—Aguarde un asalto más... Según lo que suceda, me hace examinar la ceja. Pero por el momento puedo aguantar bien.

El árbitro hizo un gesto dubitativo.

—De acuerdo, de acuerdo... Pero no voy a esperar más de un asalto, Benny. No quiero engañarte.

Y se alejó hacia el centro para seguir tomando notas en sus cartulinas.

Benny miró a su cuidador.

—Oye, ponme un plástico. Haz algo, cuerno.

—No te preocupes, contendré la hemorragia. Tú sigue como hasta ahora y aguanta lo que puedas para dar gusto a Sirius, pero si te tumba otra vez no hagas nada por levantarte. ¿Me oyes bien? ¡No hagas nada por levantarte!

—De acuerdo, Oscar, eres un buen chico.

—Lo que soy es un desgraciado.

Y giró a un lado la cabeza de Benny para poder trabajar sobre la ceja herida.

Benny miró hacia las filas de *ring*.

Rostros indiferentes, rostros ansiosos, rostros casi burlones que parecían decirle: «¿Por qué te metías?». Y el rostro de Ethel.

Ethel.

El apartamento de Columbus Circle, las bofetadas, los labios color de fresa.

—¿Pero quién es usted? ¿Por qué tiene las manos tan rápidas?

—¡Soy la hermana de Chita, para que lo sepa! ¡Chita! Hasta un nombre de mona le han dado. Ustedes se lo han robado todo, todo, todo. La sacaron de la granja de papá para traerla a Nueva York diciendo que sería la reina. ¿La reina de qué? ¿De los reservados? ¿De las combinaciones de seda? ¡Todos me dan asco! ¡Todos son iguales! ¡Unos cerdos!

—Perdone, pero me parece que a mí me confunde.

—¿Usted no ha venido a buscarla?

—Sí...

—Pues es igual que todos. ¡Tome! ¡Tome! ¡Tome!

Otra vez las manos que se adelantan para pegar.

Otra vez las manos que castigan.

Otra vez los labios color fresa que tiemblan, tiemblan.

Benny lo recordaba perfectamente ahora.

Había sentido algo que nunca sintió.

Había tendido los brazos para sujetarla, mientras la besaba ansiosamente.

Mientras se comía la fresa.

—Toma... Toma... Toma...

Cada nuevo beso era como un insulto, como un golpe en la faz de la mujer.

—Toma...

Ella temblaba.

Le miró con las facciones crispadas, torcidas, cuando él dejó de besarla.

Benny la miraba conteniendo el aliento. ¿Le golpearía otra vez? ¿Chillaría? ¿Correría hacia la puerta?

Pero lo único que ella susurró fue:

—Dame...

Ahora Ethel estaba allí.

Los tiempos habían cambiado mucho.

Demasiado.

Aún le parecía oír su voz crispada, cuando empezó a combatir con rivales más fuertes cada vez: «Deja esto... Aunque hayas ganado poco, ya es bastante. Déjalo... ¡Déjalo, Benny!».

Benny alzó un poco los brazos para respirar mejor.

El tatuaje.

Las extrañas cifras que al parecer nada significaban. Las cifras cuyo sentido nunca pudo desentrañar.

Recordó el día en que apareció tendido en la calle, como si hubiera sufrido una borrachera, cuando en realidad él no había bebido jamás. Recordó aquel sabor espeso en la boca. Recordó su vuelta a casa para darse una ducha y despabilarse.

Entonces había visto el tatuaje por primera vez.

—No tiene sentido. Alguien me ha dormido para tatuarme esto y me ha dejado luego en la calle... No, no tiene sentido.

Pero ya no pudo pensar más.

En aquel momento sonó la campana.

¡Gong!

¡Sexto asalto!

CAPÍTULO VI

SEXTO ROUND

Cuando Benny se ponía en pie, Oscar le dijo en voz baja, muy rápidamente:

—Cuidado, muchacho. Conozco bien a Sharkey. Ahora no hará más caso a su cuidador y se dejará llevar por su impulso. Este asalto va a ser malo.

En efecto, a Sharkey le habían dicho lo mismo que las otras veces, desde que Benny dobló la rodilla:

—No te precipites... Es tuyo. No te expongas a un zarpazo de loco de esos que lanza de vez en cuando. Tú con calma. Boxéalo... Boxéalo.

Y Sharkey había dicho:

—¡Boxea tú a tu padre! ¡Vete a la porra!

Salió dispuesto a ganar.

Tenía ante sí a un enemigo que ya iba a la deriva y al que bastaba con «acariciar» en las cejas. Si le entraba en tromba, le derribaría. Aquél iba a ser el asalto final del *match*.

Entró en tromba.

Benny estaba prevenido, pero no pudo evitar un corto al estómago y un brillante cruzado a la cara que le abrió el pómulo otra vez. Fue a retroceder. Sharkey le siguió como si estuviera obsesionado con derribarle en aquel asalto.

—¡Las cuerdas!

Benny se dio cuenta de que no podía retroceder más.

Ahora Sharkey no le entró con la cabeza, para que el árbitro no les separara. Le convenía tenerlo así. Disparó sus puños sin contemplaciones, mientras la cara de Benny se bamboleaba.

Lo tenía acorralado en toda regla.

Benny lo sabía.

Se cubrió como pudo, poniéndose los guantes por encima de la cara y tapando el cuerpo con los codos. Pero Sharkey no era un novato y no pegó al azar. Fue castigando el hígado una y otra vez, con verdadera maestría, demostrando que no se llega por casualidad adonde él había llegado. Cada vez que Benny quería cubrir el hígado, recibía un impacto en el otro lado.

Trató de rechazarle y responder.

Alargó un guante y descubrió la cara.

¡Zas!

El gancho le hizo tambalearse. Fue a disparar la otra mano, creyendo que su enemigo estaba descubierto.

¡Zas!

Otro golpe, éste a la ceja sana. Benny sintió unas gotitas de sangre en el párpado. Alguien gritó:

—¡Para el combate, árbitro! ¡Para! ¡Lo va a matar!

Pero el árbitro sabía que un combate que es antesala del título mundial no puede pararse sin un motivo grave. Decidió prolongar aquello un poco más. De todos modos Benny caería pronto y le ahorraría a él el bochorno.

En su interior gritaba a Benny:

«Abraza a tu enemigo... ¡Abrázalo, idiota!». Benny lo abrazó.

Claro que lo suyo más bien fue una caída en la que encontró por delante el cuerpo de su adversario. Sharkey trató de rechazarle con un empujón, pero en el primer momento no pudo.

—¡Break!

Al menos así Benny se saldría de las cuerdas. El árbitro le miró de soslayo las cejas, con un gesto de preocupación.

¡Box!

Ahora Benny guardó la distancia. La verdad era que su enemigo se había cansado de pegar y necesitaba tomar un poco de aliento. «Bailó» unos instantes ante su contrario, sin decidirse a atacar, pero demostrando que conservaba un magnífico juego de piernas y estaba en la plenitud de sus fuerzas. Mientras tanto, los movimientos de Benny ya parecían algo más torpes, faltos de reflejos.

Sharkey lo notó y atacó de nuevo.

En tromba, como la otra vez.

Y ahora a la media distancia, en el terreno que era más favorable a su enemigo. Le cazó dos veces en el plexo solar y una en la mandíbula. Benny acusó el impacto y «flotó» durante unos segundos. Quizá Sharkey pudo en ese instante haber acabado con él, pero le faltó la decisión. Cuando entró de nuevo, Benny ya se había recuperado en parte.

Pudo cubrirse, pero no demasiado bien. La izquierda de Sharkey encontró modo de entrar entre los puños del aspirante y llegarle al mentón dos veces. La cabeza de Benny se estremeció ante los dos clarísimos impactos.

—¡Dobla!

Ahora sí que el cuidador había dado una orden que Sharkey estaba dispuesto a obedecer con mucho gusto. Su derecha salió disparada y alcanzó el pómulo de Benny. Éste se tambaleó, entre un «Ooooooh» de la multitud. Un izquierdazo, entrando ahora Sharkey por el otro lado, le tumbó sobre la lona.

En el primer momento, Benny se desplomó de espaldas, como si aquello fuera un K.O., total, pero al instante se incorporó y quedó simplemente rodilla en tierra. Sacudió la cabeza.

Parecía como si aquel golpe le hubiera afectado de verdad. De todos modos, nadie pudo ver si su mirada era perdida o no, porque cerró fuertemente los ojos.

—¡Seis!

—¡Siete!

—¡Ocho!

Hizo un gesto de incorporarse.

—¡Nueve!

Cuando el árbitro iba a gritar *Out*, cosa que hubiera hecho muy a gusto, Benny ya estaba en pie.

Sharkey le miró entre incrédulo y rabioso.

Pensó: «Bueno, tendré que ganarme el dinero dólar a dólar... ¡A trabajar!».

Volvió al centro del *ring*, saliendo de su rincón neutral. Con los ojos pareció decir a su adversario: «¡Cae de una vez! ¡Te expones a que te mate, resistiendo tanto! ¡Cae de una vez, maldito...!».

Aquel tipo ya le estaba durando demasiado.

Pero Benny no caía.

Por el contrario, le resistió bien, empleando el directo de

izquierda, con una táctica tal vez elemental, pero que resultó efectiva para los pocos momentos de *round* que aún faltaban.

Cuando la campana sonó, Sharkey acababa de colocar de todos modos otro buen *jab* a la cara del aspirante.

El árbitro tuvo la sensación de que iba a pegar otra vez. Gritó:
—¡Fuera!

Con un gesto muy teatral, que él sabía quedaba estupendo ante las cámaras de T.V., los envió a los dos a sus rincones. Esta vez Sharkey ocupó la banqueta, pero sólo para tener estiradas las piernas y respirar con más relax. En cuanto a Benny, se dejó caer materialmente, apoyando el resto del cuerpo en las cuerdas.

Oscar musitó:

—No debiste haberte levantado. Estabas ya en el nueve.

—Podía levantarme.

—Te está castigando mucho, Benny. Demasiado, ¿sabes? Este combate me recuerda el combate de Karman.

—Pero la ceja ya no sangra.

—No, porque no te la ha buscado. En cambio te ha castigado la otra. Si él hace caso a su cuidador y te la castiga, en este asalto te producirá una carnicería. Lo que pasa es que ha buscado el K. O., fulminante, pero si no...

Benny susurró apenas:

—Déjame. Estoy bien.

—Sirius te ha pedido hasta el octavo asalto, ¿no?

—Sí, creo que ha dicho hasta el ochavo.

—Pues aguanta uno más. En cuanto en el siguiente te pegue fuerte, yo tiro la toalla. Sirius no podrá decir nada por eso.

—Después del séptimo asalto ya veremos, muchacho. Ahora déjame respirar. Hazme un poco de viento.

En el rincón de Sharkey, el cuidador de éste había observado con atención los gestos del cuidador rival.

Conocía bien el oficio. Sabía cuándo a uno le dan instrucciones para el combate y cuándo ni eso le dan.

—Oye bien esto, Peter —bisbiseó—. Ahí enfrente ya no le dan a Benny instrucciones para combatir. Simplemente están decidiendo cuándo se les va a hundir todo el tinglado. Yo creo que en este asalto o en el próximo abandonan. Tú castígale duro a las cejas y no arriesgues nada más. Hazme caso, Sharkey.

—Está bien, de acuerdo.

—¿Cansado?

Sharkey sonrió.

—Cuando me entreno con el saco me canso mucho más, amigo.

El cuidador lanzó una carcajada que fue perfectamente captada por el público de las primeras filas.

Ya no se podía pedir más clima de optimismo.

Mientras tanto, Benny, con los ojos cerrados, estaba hundido en una especie de sueño del que sólo la campana le podría despertar.

Un sueño lleno de sombras.

Chita, a la que no había vuelto a ver, hasta encontrarla al borde del *ring*.

Karman, a cuyo entierro asistió.

Ethel, con la que pasearon muchas veces por las sucias orillas del Hudson. Con la que se hundieron en las calles donde habitan las gentes de color, como en Amsterdam Avenue. Donde vieron a los niños jugando en las calles, con sus madres, unas enormes negras, espataarradas en las puertas. Ethel, con la que soñaron en la Cuarta Avenida, la «Avenida de Cristal». Ethel, en cuya compañía le pareció que la vida podía ser distinta.

Oscar le repasó la cara y los brazos con la esponja.

—No quiero que te ocurra como a Karman, muchacho. Él también recibió un durísimo castigo por querer conservar el honor, por no decidirse a abandonar. Por cierto... ¡qué extraño!

Benny abrió un ojo.

—¿Extraño? ¿A qué te refieres?

—Ahora me doy cuenta... Tantas veces como estuve en el rincón de Karman y tantas veces como he estado en el tuyo, y no lo había visto. ¡Tú tienes un tatuaje igual que el de Karman!

—¿De verdad?

Oscar había palidecido.

—Muchacho... ¿es que Karman y tú os conocíais? ¿Es que acaso...?

Pero Benny no pudo contestar.

En aquel momento, en la mesa golpearon el *gong*.

Aquel sonido estridente volvió a llenar la sala.

CAPÍTULO VII

SÉPTIMO ROUND

Hay asaltos que los entendidos ya adivinan que van a ser de transición. Si Sharkey no había conseguido el K.O., en el anterior, ahora trataría de lograrlo, pero tropezaría con una cerradísima defensa de su enemigo, que no haría más que eludir el combate. En esas condiciones, era normal que Sharkey se limitara a castigarle en los puntos débiles, sin lanzarse a fondo. «Madurándolo» para el asalto siguiente, vamos. Y Benny presentaba tantos puntos flojos, que había donde elegir.

Mucha gente, en cambio, pensaba que aquel asalto iba a ser el decisivo.

Se oyeron gritos animando al campeón.

—¡Ya lo tienes!

—¡Ya es tuyo!

—¡Acaba, Sharkey! ¡Acaba!

Uno de los empresarios de televisión que había contratado con Sirius miró a éste, preocupado. Con su gesto, pareció decirle: «Tenemos anuncios contratados para ocho asaltos al menos. Si no se dan perderemos mucho dinero...».

Sirius le hizo un gesto tranquilizador, formando con los dedos de las manos el número ocho. Pareció indicarle que al menos hasta ese asalto se lo garantizaba.

Un periodista que estaba junto a Sirius, murmuró:

—Oiga, su protegido no ha mejorado gran cosa desde la primera vez que le vi. Sabe cubrirse de la forma que enseñan en los gimnasios, pero poco más. Siempre que ha colocado bien los puños, ha sido por descuido de Sharkey. Me recuerda a Karman.

Sirius sonrió levemente.

—Karman no era tan bueno —dijo.

—Cierto —susurró el periodista—. Karman fue un globo de colores que usted se inventó. Lo puso en el cielo y todo el mundo lo contempló admirado mientras gritaba: «Ooooh». Usted se hinchó de ganar dinero con él. Pero las cosas terminaron como tenían que acabar... desgraciadamente.

Sirius dijo con tenacidad:

—Benny es mejor.

—No sé... Por lo pronto ha seguido el mismo camino que Karman. Usted necesitaba otro globo de colores y lo encontró antes de lo que pensaba. También le ha amañado un combate detrás de otro. A mí no me diga que no porque llevo demasiados años metido en esto del boxeo. Todos rivales comprados hasta que llegó ante el campeón. Como Karman, justamente como Karman. Porque a Karman lo mató el mismo Sharkey, en una paliza atroz. ¿Qué pasó? ¿No le dijo usted que se dejara caer en el segundo o tercer asalto, porque Sharkey era de los que no se venden?

—Se lo dijo Oscar, pero Karman no hizo caso.

—¿Por qué?

—Quería demostrar que valía. Quería demostrar, pese a todo, que él podía ser campeón sin ayuda de nadie. Un exceso de dignidad, ¿sabe? ¡Pobre muchacho! En el fondo me caía simpático. Descanse en paz.

El periodista cerró un momento los ojos, que casi se habían nublado por una emoción que no podía contener:

—Como descansará en paz ese pobre Benny, si Dios no lo remedia... —murmuró con un soplo de voz.

Y pareció como si por un momento rezase.

—Buuuuuu... Buuuuuu... ¡Paquete! ¡Tongo! ¡Buuuu!

El público del Madison se había puesto de uñas en aquel séptimo asalto. Pasaba lo que los entendidos habían supuesto. Benny se limitaba a defenderse y a eludir el combate, y Sharkey había decidido no arriesgar gran cosa y buscar solamente las cejas de su rival. No siempre lo conseguía, claro. El combate había entrado en una fase aburrida y sosa, una especie de *clinch* continuo, alternado con bailoteos en el *ring*. El árbitro se hartaba de separarlos a los dos y de ordenar a Sharkey que no usara la cabeza.

Pero de todos modos la usaba.

Quizá no tan descaradamente como en las fases anteriores, pero la usaba. La ceja de Benny volvía a sangrar profusamente. El combate había tomado el aspecto desagradable y áspero de una carnicería.

Ni técnica ni nada.

Sólo sangre.

La mayor parte de la gente estaba asqueada. Aquello no era boxear. Sobre todo Sharkey, que iba acumulando energías para el decisivo asalto siguiente, usaba la cabeza con más descaro cada vez.

Así forzaría la intervención del médico cuando llegara el descanso. Y el médico determinaría, probablemente, que Benny no estaba en condiciones de seguir.

Pero lo que logró fue otra cosa. Consiguió que el árbitro ya se hartara de aquella táctica y detuviera el combate por segunda vez, con un gesto enérgico y lleno de teatralidad.

Señaló a la mesa y luego a Sharkey.

Sharkey dio un auténtico salto en el *ring*, seguido de un puñetazo al aire y un lanzamiento del protector de dientes, con un par de gestos insolentes dirigidos al árbitro. La voz del locutor dominó la teatral escena:

—Segunda amonestación pública al boxeador Sharkey, con apercibimiento por parte del árbitro de que, si sigue empleando boxeo incorrecto, será descalificado.

Sharkey se desplomó sobre las cuerdas, tapándose la cara con los guantes y fingiendo llorar. Parte del público le aplaudió rabiosamente. Otro sector, el más numeroso, le abucheó por buscar la decisión de aquel modo.

Sonaron gritos de aliento:

—¡Sharkey! ¡Sharkey! ¡Sharkey!

El árbitro indicó que continuara el combate, pero ahora cabían dos posibilidades, insospechadas hasta un minuto antes: una, que Sharkey fuera descalificado; otra, que Benny aguantara los quince asaltos, aunque fuese convertido en una ruina humana, y el árbitro le diese vencedor, no queriendo conceder el triunfo a un combatiente que había sido amonestado dos veces. ¿Extraño? Cosas más extrañas se habían visto entre las doce cuerdas.

Sharkey lo intuyó, así como su cuidador. Ahora lo prudente no

era reservarse. Ahora lo aconsejable era acabar el combate por la vía rápida.

El cuidador de Sharkey gritó:

—¡Basta de monsergas! ¡Acaba con él, muchacho! ¡Acaba!

El campeón se lanzó al ataque.

¡Y qué ataque!

Brutal, salvaje, implacable.

Como además, no estaba exento de técnica, alcanzó a Benny donde quiso. Cuatro segundos le bastaron para tenerlo acorralado en las cuerdas. Ocho segundos para deshacerle la ceja que aún tenía más o menos entera. Doce segundos para hacerle caer espectacularmente, con medio cuerpo fuera del *ring*, entre las cuerdas.

Sharkey aún quiso seguir pegándole rabiosamente, e incluso empujarle con los pies para echarle fuera, sobre las sillas.

Ahora el combate, de pronto, había entrado en una fase salvaje.

El árbitro tuvo que lanzarse sobre la cintura del campeón como si fuera un profesional de la lucha libre. Se desgañitó mientras gritaba:

—¡Sharkey! ¡Quieto! ¡Sharkey!

El campeón retrocedió poco a poco.

—¡Está bien! ¡Cuenta de una maldita vez! ¡Cuenta!

—Eso voy a hacer. A tu rincón.

Mientras Sharkey retrocedía, el juez inició la cuenta. Pero al llegar a cinco tuvo que suspenderla, porque acababa de sonar el gong. Otra vez Sharkey hizo un gesto teatral, echándose sobre las cuerdas y pateando en el suelo. En cuanto a Benny, dio la sensación de que no se hubiera levantado. El cuidador tuvo que venir a buscarle hasta el lugar de la caída, ayudarle a incorporarse y llevarlo hasta la banqueta.

El árbitro también estaba allí.

Tenía la expresión crispada.

—¡Para todo hay un límite, Oscar! ¡Si usted no arroja la toalla, yo suspendo el combate!

—La arrojaré en el próximo asalto, se lo aseguro.

—No me fío. Vosotros siempre pensáis que el «paquete» puede aguantar un poco más. ¡A ver, el médico federativo!

—¿Pero por qué?

—¡Hombre! ¡Tiene gracia! ¿Por qué? Por aquí hay tanta sangre que esto ya no parece un combate, sino una transfusión. Según lo que diga el doctor Oliver, paro esto cien veces. Lo sabe mi madre.

Hizo una seña a la mesa para que no contabilizara el tiempo y para que subiese el médico federativo. Éste llegó hasta el rincón, entre un silencio expectante del público.

—A ver, Oscar, limpie bien esas cejas.

—Sí, señor.

Dio una palmadita en la espalda de Benny.

—Tú, tranquilo, muchacho —susurró Oliver—. Relájate. Todo es por tu bien, ¿sabes? Vamos a ver lo que puede hacerse.

Con dos dedos abrió un poco más las brechas de las cejas, produciendo un vivo dolor a Benny.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Muy mal, ¿eh? Muy mal.

—¿Qué pasa?

—Yo creo que no debes continuar el combate.

—¿Qué va a pasarme?

—Mira, la herida ya toca hueso. Para explicarme mejor: tus propios arcos superciliares han destrozado las cejas con los golpes, ¿sabes? Podrías recibir un mal golpe y no quiero que te pase lo que a Karman, además ante el mismo Sharkey. Hala, muchacho, puedes estar contento. Te has portado como un campeón.

Y fue a retirarse, pero Benny le sujetó suavemente con uno de sus guantes.

—Doctor...

—¿Qué hay?

—Le pido un favor. Un solo asalto más. Uno solo.

—Escucha, Benny, yo sé lo que me hago. Y tengo una responsabilidad.

—Nada va a ocurrirme por un asalto más. Y Oscar, si ve las cosas mal, lanzará la toalla.

Oliver hizo un gesto dubitativo.

—Está bien. Tres minutos más. El octavo asalto entero, si es que duras. Y cuando suene la campana para el nueve, alzas la mano en señal de abandono, ¿entendido? O que tu cuidador tire la toalla.

—De acuerdo, doctor.

—Pues fuera.

El árbitro, que había sido testigo del diálogo, miró significativamente a Oscar, señaló a la mesa que ya podía contabilizarse el tiempo de descanso y volvió a un lado del *ring* para anotar la puntuación en las cartulinas.

Mientras tanto Benny había vuelto a cerrar los ojos otra vez, mientras le taponaban las brechas de las cejas.

Le parecía oír otra vez la voz de Oscar, justo veinticuatro horas antes, la noche previa al combate, cuando todo el mundo esperaba expectante aquella antesala de la corona de todos los pesos.

—Benny, quiero hablarte.

—¿De qué?

—Verás... Sé que faltó a mi deber. Sirius es al fin y al cabo quien me paga, y tú no. Pero uno tiene su conciencia.

—¿De qué se trata?

—Tú eres un recién venido al mundo del boxeo. De todos modos, siendo un chico inteligente como eres, ya habrás comprendido que esto es un negocio.

—Sí, claro. Por supuesto. ¿Pero adónde quieres ir a parar?

—Trato de decirte que un boxeador ha de hacer dinero rápido. Es justo. No conozco otro oficio tan duro como ése, y si un púgil no pudiera ahorrar unos dólares, no valdría la pena.

—Claro que sí. ¿Pero para eso me sueltas un sermón la noche antes del combate?

—Trato de que sepas en qué mundo estás metido. Un boxeador ha de ganar dinero, pero él solo no puede. Necesita un manager. Los managers son de dos clases: los hay que sólo piensan en el deporte y le llevan a uno a realizar una carrera muy larga, muy costosa, escalón a escalón, y por lo general sin demasiado provecho. Y los hay como Sirius, que levantan un mito y hacen las cosas fuera del *ring*, no en el *ring*. Esos consiguen en un año lo que los demás logran en veinte... o nunca. ¿Sus armas? La Prensa, la televisión, las amistades, los hombres con una planta sensacional, como tú y Karman y... y los combates amañados.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... Es difícil hablar de eso. Difícil y fastidioso. Dios sabe que me humilla, porque yo he sido parte en el juego. Pero te hablo con la mano en el corazón. Tú no eres tan tonto como para no haberlo notado. Todos los combates en que has intervenido hasta

ahora habían sido amañados antes.

Benny había abierto mucho los ojos.

Pero no estaba asombrado.

No.

Y Oscar lo había notado.

—¿También con Karman ocurrió lo mismo? —Fue la única pregunta de Benny.

—Exactamente igual. Tú eres el sustituto de Karman. Y con él todo marchó bien hasta que... Hasta que llegó a las fronteras del campeonato mundial, guardadas por los puños de Sharkey. El mismo con el que tú te enfrentarás mañana. Sharkey no admite componendas. Él es un campeón de América, aspirante al cetro de todos los pesos. Lo mismo que te digo a ti se lo dije a Karman, pero se puso a llorar. Lloraba como un niño, te la juro. Me dio una pena... que no sabría explicarte. Preferí contarle la verdad para que no luchara con ganas, para que se dejara caer después de quedar más o menos bien los primeros asaltos. Pero él era orgulloso y quiso demostrar que podía ser un campeón a pesar de todos los engaños de Sirius. Aguantó... bueno, aguantó lo indecible. Y ya viste el resultado. Yo quería lanzar la toalla, pero Sirius no me dejaba. Además Karman me decía en cada descanso que estaba bien... que estaba bien.

La voz de Oscar se había roto la noche anterior.

Como se acababa de romper ahora.

Benny vio lágrimas en sus ojos, entre las cuerdas, a la luz irreal de los focos.

—¿Cómo te sientes, muchacho?

—Bien...

—Lo mismo me decía Karman.

—Yo voy a decirte algo más, Oscar.

—¿Qué?

—Yo era el mejor amigo de Karman. Apenas conocí su muerte, yo vine a América por eso.

—¿Venir a América? ¿Pero tú no estabas aquí?

—Había estado antes. Pero cuando murió Karman, no.

—¿Dónde estabas?

Benny sonrió levemente.

—¿Y eso qué importa?

—Cierto... no importa nada. Lo único que tienes que saber es que ahora vamos por el octavo, muchacho. El combate está concertado a quince, como corresponde a un campeonato de América. Límitate a aguantar y dentro de tres minutos terminamos la juerga. Hala, mucha suerte.

Había sonado ya la voz de «atención», pero Benny no se movió.

En sus labios flotaba una sonrisa incierta, una sonrisa extraña.

—Voy a decirte algo más, Oscar.

—¿Qué?

—Pensaba hacer esto a partir del décimo asalto.

—¿Qué pensabas hacer?

—Yo animé a Karman a venir a América, ¿sabes? Yo fui uno de los responsables de su trágico fin. Y me había propuesto pasar su calvario, puesto que me lo merecía. Me había propuesto ser castigado hasta el asalto diez. Pero ahora basta. Tendré que empezar en el ocho.

Oscar estaba asombrado.

Tenía abierta, cómicamente, la boca.

Farfulló:

—¿Empezar a qué?...

—Ahora lo verás, carcamal.

Y Benny se puso en pie.

Acababa de sonar el limpio tañido.

¡Gong!

La voz del locutor gritó:

—¡Octavo asalto!

CAPÍTULO VIII

OCTAVO ROUND

Sharkey respiró hondamente.

Entrechocó los puños.

Apretó los labios.

Y se dijo:

«Bueno... ¡a por él!».

Como su enemigo ofrecía poco peligro, se lanzó sin contemplaciones. Con la cabeza baja, arremetió contra el estómago de Benny, que estaba descubierto. Tres limpios y poderosos golpes, jaleados por el público, levantaron a muchos espectadores de sus asientos.

Era el fin.

Sharkey se había convertido en un toro, en una fiera desbocada.

Benny retrocedía.

¡Las cuerdas!

¡Ya estaba acorralado otra vez!

¡Y ahora no iba a tener, como al principio, la suficiente agilidad para salirse!

Sharkey le martilleó sin piedad. Derecha, izquierda. Derecha, izquierda. Era una ametralladora. Benny parecía flotar, y su sangre salpicaba ya a los periodistas de la fila cero, que asistían angustiados al desenlace del drama.

Un fanático de Sharkey se había puesto en pie sobre la silla.

—¡Acábalo, muchacho! ¡Acábalo! ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!...

Y Sharkey daba.

Otro impacto a la mandíbula hizo temblar las rodillas de Benny. Era el fin. El árbitro miró a Oscar, y éste preparó la toalla.

Dos cruzados a los pómulos. Un directo brutal a la nariz. Otro

gancho implacable.

Aquello era un martilleo. Era un suplicio al que por humanidad había que poner fin.

El árbitro parecía empujar con los ojos la toalla que ya estaba en las manos de Oscar. Alguien gritó:

—¡Acabad de una vez, hienas! ¡Os gusta la sangre!

El árbitro fue a gritar con todos sus pulmones: «¡*Stop!* ¡Basta!». Pero en aquel momento sucedió lo increíble.

Lo vieron y no lo vieron.

Los espectadores sufrieron incluso una sacudida, porque la mayor parte de ellos tuvieron la sensación de que estaban alucinados. Benny, que había recibido los últimos golpes a rostro descubierto, había podido preparar su derecha. Y de pronto la disparó. Fue como una bala de cañón. Se oyó una especie de «Craaak» en la mandíbula de Sharkey.

Y Sharkey se desplomó.

Se desplomó a los pies del árbitro.

Éste no podía creerlo.

Estaba tan petrificado que ni siquiera supo lo que tenía que hacer. Sharkey llevaba ya casi cuatro segundos en el suelo cuando el juez se dio cuenta de que tenía que empezar a contar antes de que los espectadores se fueran a casa.

Indicó a Benny el rincón neutral.

—¡Tú! ¡Allí!

A todo eso habían transcurrido ya más de seis segundos.

El admirador de Sharkey que antes estaba sobre la silla, ya se había caído de ésta. El silencio era sepulcral en la inmensa sala, un silencio extraño, incrédulo, tan espeso como el humo de los cigarros, que parecía poder cortarse.

—¡Uno!

Sirius era uno de los que estaban más lívidos.

—¿Pero qué ha hecho ése? —balbució.

El periodista casi no podía hablar. Pese a su costumbre de ver combates, estaba tan emocionado que temblaba.

—¿Es que no lo ve, Sirius? Lo ha tumbado.

—Es absurdo... ¡Pero si no sabe pegar!

La cuenta ya estaba por el cinco.

—¡Seis!

—¡Siete!

Sirius balbució:

—¡Me va a hundir! ¡No puede ganar! ¡Ni sabe ni puede! ¡Cuando las apuestas estaban, antes del combate, cuatro a uno a favor de Benny, yo aposté medio millón a Sharkey!

—Pues no se preocupe, porque no va a perder. Se levanta ya — musitó con cierto desencanto el periodista.

—¡Nueve!

Sharkey ya se ponía en pie.

Antes de que el árbitro contara diez, ya había recuperado la vertical y volvía a frotarse los guantes.

En su rostro había una expresión incrédula.

No lo entendía aún.

Pero su cuidador gritó, pasando casi el cuerpo entre las cuerdas:

—¡No te preocupes! ¡Búscale! ¡Ha sido un golpe de suerte!

Ahora Sharkey tenía que atacar, pues aunque su ventaja en las cartulinas seguía siendo considerable, una caída hasta nueve y dos amonestaciones podían equilibrarla.

Emitiendo una especie de gruñido, se lanzó rabiosamente a la carga.

Su enemigo fintó con habilidad.

Parecía haberle nacido alas en los pies. La agilidad que de pronto demostraba era asombrosa. Claro que un experto se hubiera dado cuenta de que aquello era el canto del cisne. Benny estaba sacando fuerzas de donde ya no quedaban.

¿Cuánto duraría aquello?

De todos modos nadie hubiera dado veinte centavos por el aspirante. Pero su reacción había sido admirable. Las palmas echaban humo cuando los dos hombres se encontraron de nuevo en el centro del *ring*.

Sus guantes chocaron.

Ahora habían pasado los dos a la ofensiva. Ahora iban los dos a pegar.

Sharkey cazó en el hígado al aspirante con una terrorífica izquierda. El contrario se estremeció un momento.

Pero fintó con la derecha y atacó con la izquierda.

—¡Tloc!

El impacto se oyó en toda la sala. Sharkey abrió mucho los ojos,

como si en vez de dolor hubiera sentido asombro. De pronto sus rodillas se doblaron un momento, pero con una fuerza de voluntad sobrehumana consiguió ponerse de nuevo en pie.

Benny aprovechó la magnífica ocasión que se le ofrecía para castigarle. Mientras Sharkey se tambaleaba, le colocó dos cortos al estómago. Y de pronto el puño derecho de Benny partió demoledor, potente, casi atroz. Los ojos de los espectadores apenas pudieron seguir su trayectoria, tan rápida fue ésta. Sharkey recibió en la mandíbula el terrorífico gancho y cayó hacia atrás, volando materialmente hacia las cuerdas que estaban a una yarda de su espalda.

Las cámaras de televisión parecieron temblar al captar la escena. Docenas de *flash* llenaron la sala con sus fogonazos lívidos.

Y aquí sí que Sharkey tuvo suerte.

Quedo inconsciente, medio apoyado en las cuerdas, de modo que su enemigo aún podía atacarle. Pero la cabeza le quedó fuera unos segundos después, haciendo antirreglamentario cualquier golpe que se le propinase.

El árbitro tardó también en reaccionar esta vez. Lo veía y no lo creía. En cuanto a Oscar, que ya había estado a punto de lanzar la toalla, ahora disimulaba y se secaba el sudor con ella.

Porque la verdad era que Oscar estaba sudando.

Sudando a mares.

El árbitro envió a Benny a su rincón neutral, también con retraso. Sin darse cuenta, con aquello estaba favoreciendo a Sharkey, que la vez anterior ya hubiera quedado K.O.

Y ahora también le favoreció involuntariamente. Le favoreció de una manera decisiva, al empezar el conteo cinco o seis segundos más tarde de lo que hubiera correspondido.

—¡Uno!

Sharkey no reaccionaba.

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba casi colgado de las cuerdas, con medio cuerpo fuera.

—¡Siete!

—¡Ocho!

—¡Nueve!

La emoción era indescriptible en el Madison. Los números se oían como aldabonazos. Otra vez el silencio hubiera podido cortarse

con un cuchillo.

El árbitro fue a pronunciar la cifra definitiva, la cifra que causaría sensación en todo el mundo, que haría que de aquel combate se hablase durante años.

—Di...

¡Gong!

El sonido estridente de la campana cortó la palabra «diez».

En el inmenso recinto del Madison se desató una verdadera tormenta. Dos periodistas que se habían tomado la molestia de cronometrar el asalto, y que hubieran puesto el grito en el cielo caso de haberse adelantado la mesa en una sola décima de segundo, tuvieron que reconocer que la campana había sonado en el instante exacto. Pero la mayoría del público opinó de otro modo. Los espectadores, conmovidos por la valiente reacción de Benny, creían ahora que el del gong había salvado a Sharkey.

—¡Todos estáis comprados!

—¡Se veía desde lejos que ibas a tocar, maldito!

Mientras tanto el ayudante del cuidador y el cuidador mismo habían invadido el *ring* para sacar a Sharkey de entre las cuerdas. El campeón aún estaba casi inconsciente cuando llegó a su esquina. Tuvieron que sacarle el protector de dientes porque él no podía ni escupirlo. Luego le pusieron las manos en la mandíbula, se la movieron y comprobaron que la tenía entera.

—¿Pero qué cuernos te pasa, Sharkey?

Sharkey no contestó.

Le pareció despertar cuando le sentaban en la banqueta. Sólo entonces comprendió lo que había ocurrido. Con voz velada preguntó:

—¿Hasta cuántos me han contado?

—¿No lo oías?

—No.

—Dios santo...

—Menos rezar y más estar para el asunto. ¿Hasta cuántos me han contado?

—Hasta nueve dos veces. La segunda, te ha salvado el gong.

—Bueno, ese tío es duro de pelar...

El cuidador vaciló.

—Te juro que no lo entiendo, Sharkey. Yo vi todos sus combates

anteriores. Era un payaso.

—Pues pega como un campeón.

—No hagas tonterías, Sharkey. Búscales las cejas. Si le cazas un par de veces más, tendrá que abandonar. Y si no le encuentras la distancia, abrázate y entra con la cabeza.

Sharkey rechinó los dientes.

—Y un cuerno. Ése no es más macho que yo. A ése le cuelgo de la lámpara en cuanto suene la campana.

Mientras tanto, Oscar pasaba lentamente la esponja por la cara y el cuello de Benny.

Estaba como aterrorizado.

Aún no comprendía que el hombre que tenía junto a él fuera el mismo al que había visto flotar durante siete interminables asaltos.

—Benny... —bisbiseó—. Benny... No me digas que eso ha sido suerte.

—No, no lo ha sido.

—Pero... tú no sabes pegar.

Benny no contestó.

Oscar continuó en un susurro:

—Muchacho, tú no sabes boxear. Fuiste una invención de Sirius. Un producto publicitario para ganar pasta, ¿entiendes? Y yo te vi en todos los anteriores combates. Cometías cada error que si el otro no llega a tener ya el dinero en su cuenta corriente, alarga el brazo y te desmonta...

—Lo sé, Oscar.

—Pues entonces... Oye, muchacho, yo no quiero morirme sin saber al menos eso. ¿Qué demonios pasa ahora?

Benny había vuelto a cerrar los ojos, pero respondía y pensaba con una casi mágica claridad.

—Tú sabes que Karman era polaco —musitó.

—Sí, claro que lo sabía.

—Vino a Norteamérica para aprender, a fin de participar en las próximas Olimpiadas de Munich. Era simplemente eso: un aprendiz. Tenía rigurosamente prohibido dedicarse al profesionalismo, pero Sirius le convenció. Sirius arregló y amañó también todos sus papeles.

—No hace falta que me digas eso, muchacho. Lo sé de sobras. Y yo mismo soy culpable también de haber intervenido en el mejunje.

—Bien. La cosa es sencilla. Yo preparaba a Karman. Yo era su maestro. Al mismo tiempo, y para ganarme la vida, enseñaba inglés en Varsovia. De aquí mi acento casi perfecto. Soy hijo de madre norteamericana y he vivido bastantes temporadas en los Estados Unidos.

Oscar ya no sabía qué hacer.

Había detenido la esponja en el aire.

No se movía.

—Muchacho, de modo que tú... no eres norteamericano...

—Lo soy a medias, ya te lo he dicho.

—Pues entonces tu licencia. Tus documentos. Todo...

—Esta vez no los falsificó Sirius. Los falsifiqué yo, o mejor dicho los dieron arreglados.

—¿Quién?

—Ése es otro asunto, Oscar. Quizá algún día llegues a conocerlo. Lo que sí puedes saber ahora es que yo estaba considerado como el mejor peso fuerte de Polonia. Como allí no existe el boxeo profesional, siempre me moví en el campo *amateur*, pero entre hombres que hubieran sido perfectos profesionales en otros países. Tal es la razón de que, en las Olimpiadas, los países del Este siempre ganen las medallas en boxeo. Allí no son aprendices, sino auténticos campeones. Las escasas relaciones deportivas que hay entre Estados Unidos y Polonia hicieron que no se me conociera aquí, sobre todo al cambiar de nombre. Las autoridades de mi país sí que saben dónde estoy, pero han guardado silencio y han hecho guardar silencio a la Prensa. Ya sabes que allí todo está controlado.

A Oscar le resbaló la esponja de entre los dedos y la dejó caer sobre el pecho de Benny. Pudo recuperarla antes de que cayera al suelo, pero como si se estuviera moviendo en sueños.

No pudo decir una palabra.

En aquel momento sonó el *gong*.

Sirius se había pegado al rincón, mientras bisbiseaba palabras con las facciones crispadas.

—Tú, cochino. No sé qué broma es ésta, pero tienes que parar ahora. Déjate caer. Como vuelvas a repetir lo de este *round* te mato, ¿oyes? ¡Te mato!

Pero Benny ya no le oía.

Caminaba hacia el centro del *ring*.

En medio de un aire que parecía haberse solidificado, de tan tenso.

CAPÍTULO IX

NOVENO ROUND

El silencio era angustioso, solemne. Aquello no parecía el Madison Square Garden.

Aquello parecía una catedral.

Todos los espectadores parecían electrizados.

Las miradas estaban fijas.

Las bocas anhelantes, entreabiertas.

Hasta el árbitro se había situado en un rincón, contemplando asombrado la pelea, como si él fuera un espectador más.

Sharkey estaba rabioso.

Nunca había perdido por K.O., y no iba a perder ahora ante un aspirante cualquiera, ante un aprendiz tiñoso, ante un tipo al que Sirius había aupado a base de dólares y de haber hecho publicar su retrato en las revistas como si dijese: «¡Miren qué guapo!». De modo que se lanzó.

¡Fuera precauciones!

¡Fuera todo!

¡Al diablo!

Y como Benny había olvidado las precauciones también, triunfó el más zorro de los dos. El que en el último segundo supo fintar con más habilidad, lanzando los puños por el lado contrario al que su rival esperaba.

Benny se encontró con un cruzado terrible al pómulo por el lado derecho. Fue a proteger éste, y entonces Sharkey le atacó casi simultáneamente por el lado izquierdo. Sharkey, como los verdaderos campeones, pegaba con las dos manos igual. Su izquierdazo a la sien fue tan demoledor, y lo remató de manera tan perfecta con un corto a la mandíbula, cuando Benny ya vacilaba,

que el aspirante cayó sobre la lona de bruces, sangrando copiosamente, mientras el público se ponía en pie, se desgañaba y entraba en una especie de paroxismo que no dejaba oír de ningún modo la cuenta del árbitro.

—¡Seis!

—¡Siete!

—¡Ocho!...

Benny empezó a levantarse.

—¡Nueve!

En el último momento, cuando la cuenta fatídica iba a terminar, Benny ya estaba en pie otra vez. Sharkey se lanzó como un verdadero tigre, dispuesto a rematarlo, pero el árbitro le detuvo poniéndose delante de él. El choque fue tan fuerte que estuvieron a punto de caer los dos.

—¡Quieto, Sharkey! ¡Soy yo el que decide cuándo hay que empezar otra vez! ¡Quieto hasta que grite *box*!

Pero tuvo que gritarlo enseguida.

Benny parecía oscilar de un lado para otro en el centro del *ring*.

Era una víctima propicia. Incluso el árbitro pensó por un momento en detener el combate.

Pero ahora ya no se atrevía. El público le hubiera linchado caso de terminar así.

Sus temores estaban justificados. Benny no se cubrió cuando el otro se le echaba encima. Y recibió una serie tan perfecta y tan terrible a la cara y al cuerpo que tuvo que doblar la rodilla otra vez.

Parecía el fin.

Un rumor de decepción corrió por entre el público, que ya había llegado a creer en lo imposible.

El árbitro pensó: «¡Acabemos con esta pesadilla! ¡A ver si tengo suerte y no se me levanta hasta después del diez!».

Y contó tan rápido como una ametralladora.

—Uno... Dos... Tres... Cuatro...

Se plantó en el nueve antes de que Benny hubiera tenido tiempo de tragar aire un par de veces. El aspirante notó que aquello se terminaba y se puso en pie precipitadamente, sin estar aún recuperado de ninguna manera. El árbitro se acercó para mirarle los ojos, pero antes de que lo consiguiera, el puño derecho de Sharkey asomó materialmente por detrás de él y se clavó con toda la fuerza

en la mandíbula de Benny.

¡Tloooc!

El impacto se oyó en toda la sala. Fue de los que parecen hacer daño hasta a los espectadores de las últimas filas. Benny se llevó las manos a la cara, giró sobre sí mismo, tendió un poco los brazos y cayó de bruces como un fardo.

Parecía imposible que hasta entonces hubiera podido aguantar el castigo. Se había portado como un héroe. Pero, todo tiene un límite. Y el límite había llegado.

Sharkey fue a lanzarse de nuevo sobre él, llevado por un ciego impulso. No se dio cuenta de que así se perjudicaba, pues lo que debía haber hecho era acudir enseguida al rincón neutral para que el árbitro iniciara cuanto antes la cuenta. En lugar de eso obligó al juez a frenarle, a llevarle casi a rastras hasta el rincón neutral y a iniciar la cuenta cuando ya habían pasado ocho segundos largos desde la caída de Benny.

Éste miraba hacia su rincón con los ojos levemente extraviados.

Veía allí a Sirius, quien le sonreía y le hacía señas para que estuviese quieto... quieto... quieto...

Respiró con todas sus fuerzas.

Y miró a Oscar.

Oscar le indicó por señas que faltaba menos de un minuto para terminar el asalto.

—¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

Benny se incorporó casi en el momento en que el árbitro iba a tender los brazos para indicar el final del combate.

Sharkey había escupido el protector de dientes para respirar mejor. Estaba lívido. ¿Pero cuánto iba a resistir aquel tipo? ¿Cuánto?

¡Ahora vería!

Sharkey se lanzó de nuevo. Entró con la cabeza alta y se encontró con el puño izquierdo de Benny, que le frenaba insistentemente a base de directos. Lo que quería era ganar tiempo para que terminara el *round*.

Entonces Sharkey bajó la cabeza, pero se encontró con un gancho que, si llega a ser propinado con fuerza, le tumba. Por suerte para él, no consiguió más que frenarle.

Giró entonces en torno a su enemigo, mientras el público rugía

previniendo el final del *match*.

Benny estaba casi inconsciente, aunque se mantenía en pie en un alarde de pundonor y de fortaleza física.

El campeón, que le había estudiado en un par de giros, entró por la izquierda como una flecha. Benny le agarró y se enzarzaron en un *clinch*.

—¡Break!

El árbitro los había separado. Tuvo que frenar de nuevo a Sharkey.

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Box!

Sharkey colocó una buena serie, entre los alaridos del público, con su rival en las cuerdas, hasta dejarle materialmente colgado de éstas. El árbitro fue a iniciar la cuenta, pero ya no tuvo tiempo. La campana señaló el final de aquel dramático noveno asalto.

Ahora la situación se repitió a la inversa. Fueron Oscar y su ayudante los que tuvieron que sacar de entre las cuerdas a Benny, que parecía incapaz de salir por sí solo. Le ayudaron a llegar hasta el rincón, aunque moviéndose siempre por fuera del *ring*. El árbitro lo toleró.

Pero ahora sí que la cosa estaba decidida.

Cuando Benny se desplomaba sobre la banqueta. Sirius apareció tras él.

—Te dije que no te levantarás —escupió—. Lo que estás recibiendo es por culpa tuya. ¡Púdrete!

Oscar le volvió a pasar la esponja por la cara.

—No le hagas caso, muchacho. Bueno, no hagas caso de sus insultos, pero de lo demás sí. No sigas más. Has demostrado que puedes tirar al campeón, has podido ganar por K.O., si el árbitro no llega a entretenerse. Tendrás una revancha más adelante, chico. ¡Y qué revancha! Pero más adelante. Ahora ya basta, ¿sabes? Por piedad, ahora ya basta...

Benny movió tenazmente la cabeza de un lado para otro.

—Tengo que hacer lo que Karman... no pudo hacer. Tengo que hacer lo que él soñó. Llegar... arriba.

Oscar hizo un gesto de desesperanza.

—De nada sirve estar alto, muchacho. No a este precio. Luego la gente pide que te caigas. Y cuando te has caído, te pisa y te olvida. Se va con sus dólares a otro sitio porque puede. Ella es la que paga.

Benny ya no contestó.

Dólares...

¿Por qué pensaba en eso con los ojos cerrados? ¿Por qué? ¿Qué significado tenía?

Dólares...

¿Quién le había hablado de eso cuando salió del país? ¿O tal vez lo había oído en sueños? ¿Quién le había hablado de tres millones de dólares?

Abrió los ojos.

Y alzó el brazo para mirarse aquel tatuaje sin sentido.

6 – 27 – 13.

¿Un número de teléfono? ¿Una matrícula de coche? ¿Qué era?

Oscar bisbiseó:

—¿Por qué te miras ahora el tatuaje, Benny?

—Porque me preocupa.

—¿Dices que Karman llevaba otro igual?

—Eso lo has dicho tú.

—Bueno, sí, lo he dicho yo.

—Karman llevaba otro igual, y según yo supe debía ir a cierto médico. Antes de salir de Polonia le aconsejaron que fuera a cierto médico —susurró—. El mismo que me aconsejaron a mí.

—¿Un médico para qué?

—No lo sé, pero debía ir.

—¿Y a ti? ¿Quién te dijo que fueras?

—Los mismos que me tatuaron.

—¿Pero cómo fue? No entiendo lo que me has explicado antes. ¿Cómo fue?

—Alguien me secuestró en la calle. Parece ridículo, ¿verdad? Pero me dieron a oler algo que me dejó sin sentido. Cuando me recuperé, estaba en la calle otra vez, junto a un par de borrachos, como si yo también hubiese bebido. No me faltaba nada ni me hacía daño nada. Fue más tarde cuando me di cuenta de la existencia de ese tatuaje. No, pero ahora estaba recordando algo. Al mencionar tú la palabra dólares. Quizá fue cuando estaba sin sentido, y la cosa quedó borrosa en mi conciencia. Pero yo juraría que alguien habló entonces de tres millones de dólares.

—¿Quién?

—No lo sé. Alguien...

—¿Y tú también tuviste que ver al mismo médico?

—Sí. Me lo recomendaron en la Federación antes de salir de Polonia.

—¿Fuiste?

—Sí, un médico de Nueva York. Un médico que vivía en la parte alta de la ciudad, entre el Hudson y el mausoleo de Grant.

—¿Y qué te dijo?

—No pudo decirme nada.

—¿Por qué?

—Porque alguien acababa de meterle una bala entre los sesos...

CAPÍTULO X

DÉCIMO ROUND

El grito de «atención» ni lo habían oído. Y ahora acababa de sonar el *gong*.

Benny se puso en pie.

Oscar se dio cuenta entonces de que, abstraído por la conversación, había estado descuidando su deber más elemental: aconsejar al boxeador.

Claro qué, ¿para qué aconsejarle si Benny no hacía caso?

—Muchacho, ya lo sabes. ¡Ya basta! ¡Ya basta!

Sharkey también pensaba lo mismo: «¡Ya basta!».

Y salió dispuesto a liquidar la cuestión, a dejarla resuelta en unos segundos.

Se lanzó al ataque, seguro de que su enemigo retrocedería hasta las cuerdas.

Y se encontró con que Benny... ¡atacaba también!

¡Con que aceptaba el cambio de golpes en el centro del *ring*!

Eso no hizo más que aumentar su decisión y su rabia. Sharkey atacó sañudamente. Sus golpes resonaron como mazas en la cara del aspirante. Pero el aspirante también pegaba: ¡pegaba como los émbolos de una locomotora!

El cambio de golpes fue salvaje, brutal, decisivo. Fue algo que no se había visto en el Madison desde muchos años atrás. Los dos púgiles se mantenían rígidos, sin retroceder un paso, cambiando golpes parecidos a cañonazos, sin cuidarse de la protección, en una ofensiva rabiosa, desesperada, única...

La gente ya no sólo se había puesto en pie.

Ya estaba sobre las sillas.

La de los pisos altos parecía ir a lanzarse sobre el *ring*. Los cuidadores casi entraban en él, por debajo de las cuerdas, olvidando los reglamentos. El árbitro, boquiabierto, no sabía qué hacer. No sabía ni qué pensar.

La sala entera era un ulular parecido al de la tormenta. Incluso en la Calle, la gente que pasaba por las cercanías de la Octava Avenida se había detenido al oír aquel estrépito. Hasta los porteros exteriores habían entrado a ver lo que pasaba.

Los dos púgiles seguían pegándose.

Ninguno de ellos retrocedía un palmo. Sus rostros iban desfigurándose. Sus puños, en lugar de vacilar, golpeaban con más fuerza cada vez.

Al fin Benny pareció ir doblando la rodilla, muy poco a poco, como en una escena filmada a cámara lenta.

El árbitro se dispuso a contar.

Pero cuando ya se acercaba a separarlos, el que dobló la rodilla un poco fue Sharkey, en tanto Benny se incorporaba. Momentos más tarde ocurría al revés. Los dos estaban exhaustos, al borde de sus fuerzas.

¡Pero seguían peleando!

¡Sus golpes seguían estremeciendo el aire, con más potencia cada vez!

¡Sharkey recibió un golpe en el pómulo derecho!

¡Otro en la ceja opuesta!

¡Otro en la mandíbula!

¡Sharkey cayó!

Y de pronto... ¡de pronto sucedió lo increíble! ¡Benny vacilaba! ¡Benny iba a caer! ¡Benny se desplomó también!

¡Era un doble K.O.!

¡Era algo que rompía las manos y crispaba las gargantas!

El árbitro se situó entre los dos, sabiendo que no se levantarían y deseándolo además con toda el alma. Comenzó la cuenta, moviendo como aspas los dos brazos a la vez. ¡Uno! ¡Dos!

Ninguno de los dos peleadores reaccionaba. Parecían al borde del K.O., total. ¡Tres! ¡Cuatro!

Benny se movió un poco.

¡Cinco!

Parecía que iba a ser Benny el que se pondría en pie. La gente ya

empezaba a aullar y a pronunciar su nombre.

—¡Benny campeón! ¡Campeón! ¡Campeón!

Era un grito unánime, estremecedor. Todo el Madison parecía moverse como sacudido por un frenético oleaje.

—¡Seis!

—¡Siete!

—¡Ocho!

Benny se había puesto en pie. Oscar estaba casi subido sobre las cuerdas aullando:

—¡Benny campeooooón!...

Se desgañitaba, pero de pronto calló.

Porque Sharkey también se movía.

—¡Nueve!

¡Y Sharkey se puso en pie!

La ovación fue tempestuosa. Los de las últimas filas se desgañitaban. Los de la primera fila y cero se colgaban materialmente de las cuerdas para ver mejor la increíble escena. ¡Sharkey volvía a pegar!

¡Y Benny!

¡Los dos estaban enzarzados otra vez en un demoledor combate!

No se abrazaban. Seguían pegándose cara a cara, deseando acabar. Su resistencia era tan impresionante que llegaba a hacerse angustiosa. Los de la mesa casi no respiraban. Y decidieron acabar el *round* casi medio minuto antes. Los periodistas lo notaron, pero esta vez nadie dijo ni pío.

Los dos fueron casi a rastras hasta sus rincones, mientras los fotógrafos invadían el *ring*. Nadie hizo caso del árbitro, que gritaba. Tan cerca de los focos, nadie usaba *flash*. Se tomaron docenas de fotografías en unos segundos, mientras subía al cuadrilátero la fuerza pública. Los fotógrafos que habían tomado a Sharkey corrían luego a tomar a Benny, y a la inversa, chocando unos con otros.

Hubo insultos y porrazos por todo lo alto. Los fotógrafos fueron desalojados al fin. Y los cuidadores pudieron dedicarse a sus pupilos sin que les sacudiera nadie.

Oscar barbotaba:

—No sé qué decirte. Por Dios, muchacho, no sé qué decirte. ¡Me estoy volviendo loco!

Mientras tanto se anunciaba por los altavoces que había sido

concedida a los dos boxeadores la medalla de la combatividad. La gente rugía y rugía, presa de una especie de histeria colectiva. El Madison se había transformado en una verdadera casa de locos.

Un hombre ya maduro estaba siendo sacudido por sus vecinos, no se sabía bien por qué. Aulló:

—¡Déjenme! ¡En la invasión de Normandía estuve mucho más tranquilo!

Imposible hablar en aquellas condiciones, ni siquiera al oído de los boxeadores.

Benny paseó su mirada perdida por el *ring*.

Tullman, Chita, Ethel...

Todo era como sombras perdidas en un pasado borroso.

Y aquellos números. Aquellos números sin sentido.

6 – 27 – 13.

Él ya se había devanado los sesos cuando encontró al médico muerto, aunque entonces no supo establecer ninguna relación entre el tatuaje y el asesinato. Lo recordaba como si acabara de suceder ahora mismo otra vez. Recordaba al hombre tendido bajo la mesa de su consultorio, con el agujero rojo de la bala entre las cejas.

Recordaba a su enfermera brutalmente estrangulada con un hilo de seda.

Hundió la cabeza.

Todo daba vueltas en su interior.

Pero no era por los golpes.

Era por los recuerdos...

Había salido de allí por una de las ventanas que daban a la escalera de incendios, procurando no dejar huellas. Y se había perdido en las sombras como se pierden miles y miles de hombres a cada nueva jornada. Al día siguiente había leído los periódicos con avidez. Nada, ni un rastro, ni una pista.

Sólo el silencio.

Y el vacío.

Y la muerte.

Miró de nuevo su brazo: 6 – 27 – 13.

Había tratado de llamar a aquel número de teléfono, claro, en las ciudades pequeñas que sólo tenían seis cifras, durante sus jiras por los Estados Unidos. Y siempre el mismo resultado: siempre voces extrañadas que a veces incluso le llamaban chiflado y loco.

Miró las filas de *ring*.

Decidió olvidarse de aquello. Necesitaba que su cerebro descansara. Necesitaba relajarse, olvidar, olvidar...

¿En qué fila estaba Ethel? En la cinco tal vez... ¿O la seis?

De pronto se estremeció.

Seis...

Primer número del tatuaje.

¿Pero eso tenía sentido? ¿Podía tenerlo tal vez? 27. ¿El 27 era quizá una silla de *ring*? ¿O no tenía nada que ver? Y entonces, ¿qué era el 13?

No pudo seguir pensando.

Porque de pronto sonó el grito de «atención».

Y las voces se callaron. Volvió a hacerse un silencio espeso, tan religioso como el de una catedral. ¡Gong!

¡Decimoprimer asalto!

CAPÍTULO XI

UNDÉCIMO ROUND

Hasta el árbitro parecía tambalearse cuando se acercaron los dos.

Gracias al milagro de su preparación, y sobre todo de su juventud, en sus caras casi no se notaban los golpes cuando los dos boxeadores volvieron al centro del *ring*. Incluso las cejas de Benny habían sido tan hábilmente curadas que no sangraban ya. Pero los dos hombres se movían pesadamente, sabiéndose al límite de sus fuerzas.

Todos sabían que aquello era el fin.

¿Pero el fin de cuál de los dos?

Incluso ambos, maquinalmente, chocaron sus guantes como si se saludaran para el último asalto. Porque aquél tenía que ser el último, lo sabían. Sobre todo lo sabía Benny, que notaba como si los músculos se los hubieran sujetado con alambres.

Él fue quien golpeó.

Y alcanzó fácilmente a Sharkey, que se cubría mal. Sonó un rugido en la sala al parecerles a los espectadores que Sharkey se tambaleaba.

Pero no se tambaleaba.

El campeón no caía.

Simplemente había encajado el golpe y daba un paso atrás para responder con más fuerza.

Y respondió.

Ahora el rugido de los espectadores fue de asombro, de incredulidad, de pasmo.

Porque Sharkey había golpeado con una fuerza que nadie esperaba ya. El que se tambaleó fue Benny. Seguía pareciéndole que

sus músculos estaban sujetos con alambres.

Pero no podía ceder.

Tenía que ser ahora.

¡Ahora o nunca!

Estaban los dos plantados en el centro del *ring*, sin fuerza ni para mover los pies, confiando sólo en las palancas poderosas de sus brazos. Confiando en su pegada, en su resistencia... ¡en su corazón!

Los golpes parecían hacer temblar el *ring*.

Las cabezas iban de un lado para otro al recibir los impactos, pero ninguno de los dos cedía. Cada puñetazo tenía su respuesta; un gancho se correspondía con otro gancho, un *jab* con otro *jab*.

En la sala reinaba una especie de paroxismo.

Los espectadores de las primeras filas estaban materialmente volcados sobre el *ring*. Los de las filas posteriores montaban materialmente sobre los primeros para ver mejor. Todo el mundo se hallaba en pie; los dos únicos espectadores que permanecían en sus sillas era porque ya casi no podían resistir aquello, a causa de los nervios. El árbitro no se daba cuenta, pero tenía las manos en la cara y la boca abierta.

Cuando uno cedía, el otro atacaba más. Pero al instante el atacado reaccionaba con más fuerza aún. Había transcurrido ya un minuto largo del asalto once... ¡y los dos boxeadores no habían dejado de golpear! Ni una finta, ni una esquivia. ¡Nada! Todo se basaba en su resistencia de gigantes y en la fortaleza impresionante de sus puños. Pero al minuto diez segundos llegó lo decisivo: Sharkey golpeó al estómago de Benny, lo hizo doblarse y preparó un gancho que podía ser mortífero. Pero, en lugar de eso, el puño que salió disparado como un obús fue el de Benny. Se oyó un siniestro «Craaak».

Sharkey se tambaleó.

Ahora sí.

¡El campeón cedía!

Un izquierdazo al hígado. Un directo al mentón. ¡Un gancho bajo la ceja izquierda!

El campeón se desplomó.

Todo el mundo parecía haberse vuelto loco.

Hasta las mujeres rugían, tratando de invadir el *ring*. El árbitro tuvo que empujar fuera de las cuerdas a un par de frenéticos que

trataban de abrazar a Benny. La policía rodeó materialmente el cuadrilátero. En cuanto a Benny, aún parecía flotar, al borde de las cuerdas.

El árbitro tuvo que empujarle.

—¡A tu rincón! ¡A tu rincón o no cuento!

Benny se apoyó en el poste del rincón neutral. Le parecía que había transcurrido un tiempo infinito desde que cayó Sharkey. Sentía resbalar la sangre por su cara. Toda la sala daba vueltas en torno suyo, como un barco en medio de la tempestad. El árbitro empezó la cuenta.

—¡Uno!

Otra vez había vuelto a hacerse un silencio solemne.

Casi espantoso.

Los números de la cuenta se oían hasta el último rincón. Resonaban como aldabonazos en una plancha de bronce.

—¡Cuatro!

—¡Cinco!

Sharkey empezaba a incorporarse.

Parecía imposible.

¡Pero el campeón trataba de volver a ponerse en pie!

—¡Seis!

Ya estaba casi incorporado, haciendo un titánico esfuerzo para mantenerse sobre sus rodillas.

—¡Siete!

—¡Ocho!

Sharkey casi había recobrado la vertical.

—¡Nueve!

Sharkey rechinó los dientes. Trató de avanzar. Buscó ir hacia adelante mientras el árbitro parecía haber suspendido por un momento la cuenta.

Y de pronto se derrumbó.

Se derrumbó de bruces, con los brazos en cruz, exánime, incapaz de resistir el peso de su propio cuerpo.

—¡Diez!

Y el árbitro abrió espectacularmente los brazos mientras chillaba con todas sus fuerzas:

—¡Ooooooooooouut!...

El Madison parecía hundirse.

¡Benny en la antesala del título mundial! ¡Benny campeón de América!

El locutor trató de saltar a la lona para proclamar oficialmente el resultado del combate, pero ya no le dejaron. Todo el mundo se había lanzado al asalto del *ring*. Aquello era la invasión de Normandía. Aquello amenazaba con transformarse en la bomba de Hiroshima.

¡Benny campeón!

Miles de gargantas enronquecían saludando al nuevo ídolo. Éste, al terminar la cuenta, se había acercado a Sharkey, tratando de ayudar a incorporarle. El cuidador del excampeón ya había saltado también. Murmuró, dominando los gritos que sonaban en todas partes:

—Muy valiente, muchacho. Muy valiente...

Sharkey fue arrastrado hasta su rincón. Aún estaba inconsciente después de su última y espectacular caída, y el médico federativo se había inclinado sobre él.

Benny preguntó:

—¿Cree que puede ser grave?

—No lo sé. Pero al menos los reflejos responden. Menos mal. Hay que llevarlo al vestuario. ¡Pronto! ¡Al vestuario!

Para poder sacar a Sharkey de allí, los policías tuvieron que abrirse camino a empujones y hasta a bofetadas. Aquello sí que fue un combate de verdad, y en el camino hasta los vestuarios lo menos se produjeron tres o cuatro K.O., más, pero de los que nadie hizo caso.

Benny se sintió apretujado, levantado, besado, tocado. Así como a los jugadores de fútbol se les llevan como recuerdo las camisetas, a él quisieron llevársele nada menos que los pantalones, debajo de los cuales llevaba un *slip* y el protector contra golpes bajos. Menos mal que los policías lo impidieron, porque de lo contrario aquello hubiera terminado en un *strip-tease* a la fuerza.

Protegido por una marea de chapas policiales y uniformes azules, Benny pudo llegar hasta los vestuarios.

Su cuidador y algunos seguidores pudieron cerrar la puerta a la fuerza. Benny fue colocado sobre la mesa. Lo primero que hicieron fue limpiarle bien con una esponja nueva, mientras le daban un masaje suave y preparaban un baño tibio.

Benny había cerrado los ojos y dejaba hacer.

Aún no lo sabía.

Pero no había terminado el combate. No había terminado más que el decimoprimer asalto.

CAPÍTULO XII

DUODÉCIMO ROUND

Oscar no podía hablar. Le temblaban los labios.

—No sé qué decirte, muchacho. No sé qué decirte... Estoy tan emocionado que... ¡Por mi padre! ¡Jamás había visto una cosa como ésta!

—El que quizá no esté tan contento será Sirius —musitó Benny.

—¿Por qué?

—Tengo la sensación de que le he chafado parte del negocio. Él confiaba en que me derrotarían.

Oscar tragó saliva.

—No es que confiara, muchacho. Es que lo sabía. Lo sabíamos todos. Tú eras un producto publicitario, un... payaso, si me permites decirlo. Más o menos como Karman. La aspiración de Sirius era que aguantases un mínimo de ocho asaltos para ganar él dinero con la televisión. Aunque te matasen, a él le importaba poco. Pero eso de que ganaras a Sharkey, jamás. Él había apostado en secreto por el campeón, aprovechando el momento en que tú estabas en alza. Lo menos habrá perdido medio millón de dólares y estará rabioso.

Benny se encogió levemente de hombros.

El masaje iba surtiendo sus efectos.

Se sentía mejor.

Le dieron a beber una ligera infusión en la que había parte de una bebida gaseosa, parte de licor y parte de un tónico.

—Luego irás al baño. Nada de recibir a los periodistas aún, muchacho. Les diremos que esperen. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Bebe otro poco.

—Tienes que hacerme dos favores, Oscar.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí. Aunque tenga que ir nadando a Australia. ¿Qué quieres?

—En primer lugar que te enteres de cómo está Sharkey.

—¿Sharkey? No te preocupes tanto por él. Él mató a Karman.

—No me extraña, si quiso aguantar tanto como yo. Pero Sharkey también es de los que se juegan la piel. Quiero saber cómo se encuentra.

—Es un toro. Si dentro de diez minutos le presentan a una chica, sale con ella.

—Mejor así. Pero pregunta.

—Claro. ¿Qué más quieres?

—El otro favor que te pido es algo más complicado. Tienes que averiguar algo en la administración del Madison.

—¿Lo que han recaudado hoy? Es lógico que quieras saberlo.

—No, no se trata de eso. Sólo quiero saber si aquí tienen algún abonado. Imagino que sí.

—Es probable. ¿Pero por qué te interesa?

—Métete bien estos números en la cabeza. Quiero saber si en la fila seis, silla número veintisiete, tiene algún abonado.

—De acuerdo; lo haré.

—Procura hacerlo enseguida, antes de que se vayan.

—Lo que me pidas, muchacho. Lo que me pidas.

Y Oscar salió.

Otras manos continuaron dándole masaje, mientras tanto, en la puerta, Tullman contenía a los periodistas. Sirius no había entrado aún.

—A ver, levántate, muchacho.

Benny retiró la mano que le tomaba el pulso.

—¿Cuántas pulsaciones tengo?

—Normal. Casi noventa.

—¿Corazón?

—Late como si no te hubieras cansado nunca. Eres un campeón, Benny, y tienes cuerda para rato. Ahora pasa al baño. Debes estar quince minutos descansando allí. Luego recibirás a los periodistas.

Benny pasó al baño. El agua tibia, a unos cuarenta y cinco grados, le produjo una inmediata sensación de descanso y bienestar.

Un par de minutos después entró Oscar.

Había cumplido los dos encargos con fantástica rapidez.

—Eh, Benny...

—¿Qué tal está Sharkey?

—Bien. Se recuperará al mismo ritmo que tú. Lo único que pasa es que el doctor Oliver quiere someterle a un examen más profundo.

—¿Tú crees que...?

—No, Benny. Llevo muchos años viendo boxeadores que han sufrido un K.O., Sharkey estaba en perfectas condiciones y no le habían puesto fuera de combate nunca. No era un saco, ni mucho menos. Dentro de un par de días ni se acordará.

—¿Y de lo otro?

—La fila seis, silla número veintisiete, está abonada efectivamente. La tienen fija para todas las veladas de boxeo del Madison. Hasta he preguntado el precio. El abono es de...

Benny estuvo a punto de lanzar un grito.

—¡No me digas que es de trece dólares por barba!

Oscar había palidecido.

—¿Cómo lo sabes, muchacho?

Benny acababa de salir del baño. Se cubría coa un albornoz blanco y una toalla también blanca, todo acabado de estrenar. Sus facciones empezaban a acusar una leve tumefacción producida por los golpes, pero eso era todo. Por lo demás, incluso se permitió sonreír cuando docenas de máquinas le fotografiaron repentinamente.

Luego empezó el bombardeo. Eran las preguntas que esperaba porque eran también las que los lectores deseaban ver respondidas.

—¿Vio perdido el combate en algún momento?

—¿Cuál es su régimen alimenticio para tener esa resistencia?

—¿Cuántas horas entrena al día?

—¿Cuándo disputará el campeonato mundial?

—¿Cuánto dinero ha ganado?

Benny fue respondiendo a aquello con más o menos amplitud. Incluso en algunos momentos se permitió hacer algún chiste. Pero lo único que quería de verdad era estar solo, solo, solo.

Los periodistas no le dejaban.

Más fotografías.

Más preguntas.

Las cámaras de TV también se cansaban de filmar.

Plasta que al fin Sirius, que había entrado en los vestuarios, hizo una seña pidiendo a todos que se largaran.

—Ya está bien, muchachos, ya está bien. Háganse cargo de que Benny acaba de disputar el combate más duro de su vida. Tienen ante ustedes al verdadero campeón mundial, y el campeón mundial merece ciertos respetos, digo yo. Daremos una rueda de Prensa dentro de dos días, pero ahora váyanse. Sean comprensivos, muchachos.

Hala, a vivir.

La turbamulta que había entrado en los vestuarios se fue disipando poco a poco. Unos minutos después sólo quedaban Sirius, el campeón, Oscar, Tullman y los dos masajistas contratados para cuidar de Benny.

La sonrisa de Sirius desapareció.

Estaba lívido.

Con los puños apretados, se detuvo a dos dedos de la cara de Benny.

—He entrado tarde para esperar a calmarme —masculló—, pero no me he calmado. Por los cuernos de Satanás que no me he calmado. Te dije que cayeras y tú no caíste. ¿Por qué?

—No caí porque no me tumbaron.

Benny aguantó su mirada.

—Has tenido suerte, pero nunca más volverás a tenerla. Eres un saco, por si no lo sabías aún. El campeón mundial deja pequeñito a Sharkey, que también es más saco de lo que creía. El campeón mundial te matará.

Oscar fue a decir algo impulsivamente. Fue a decir a su jefe que Benny no era el paquete que Sirius creía. Pero una mirada del joven le hizo detenerse.

Sirius continuó:

—El boxeo es un negocio, por si no lo sabías. Puede que para ti sea un deporte o un modo de demostrar que eres el más grande. Muy bien. Yo en eso me toco las narices. Pero para mí es un negocio. Una velada significa tantos dólares y nada más. Lo otro son mandangas. Y tú me has hecho perder medio millón en las apuestas. Ya olvido lo que hubiera tenido que ganar. Sólo pienso en que he tenido que sacar del bolsillo medio millón.

—Lo siento. Yo sólo hice lo que tenía que hacer.

Benny se limitó a contestar:

Sirius, congestionado, casi saltó sobre él.

—¡Tú no tienes deberes ni derechos! ¡Tú no piensas! ¡Tú solo haces lo que te mandan!

Benny fue a responder. Y fue a contestar con uno de los «argumentos» que habían «convencido» a Sharkey en el *ring*. Lo peor para Sirius fue que no se dio cuenta, de modo que hubiera sido aplastado como un pájaro. Pero Oscar lo adivinó y se interpuso entre los dos con una sonrisa conciliadora.

—Por favor. Ustedes forman sociedad aún. No es justo que discutan por medio millón. Después de lo que acaba de hacer Benny, hay dinero para rato.

El razonamiento pareció convencer a Sirius, que suspiró pesadamente.

Lo peor para él era que después de aquel combate se terminara su sociedad con Benny.

Él había dado por descontado que lo aniquilarían.

Que lo dejarían hecho un guñapo en el *ring*.

Y que tal vez le ocurriría lo que a Karman, por lo cual acabarían pidiéndole responsabilidades.

Debido a eso, un día antes del combate, ya había entregado al notario la rescisión del contrato, depositando una copa en la Federación. Debido a eso, tenía el argumento fácil: «Yo ya le aconsejé que no peleara. Externamente le representé porque aún estábamos ligados por un contrato, pero mis verdaderos sentimientos son éstos. Ustedes lo ven. Un día antes de la pelea ya no quise saber nada con él. Combatí contra mi voluntad. A mí no pueden hacerme responsable...». Se pasó una mano por la boca.

Infiernos, ahora tenía delante de él una mina de oro.

Y él la había echado por la ventana.

—Benny —murmuró—. Benny, muchacho... Quizá mañana recibas una comunicación del notario, al mismo tiempo que un parte federativo. Yo liquidé mi contrato contigo en un momento de mal humor. Siempre he sido impulsivo, ¿sabes? Y los hombres impulsivos son honrados. Dicen lo que sienten. Cuando recibas la comunicación, rómpela. Haremos un nuevo contrato. Al cincuenta por ciento en todo. Hasta ahora te he descontado los gastos de organización. Ahora no te descontaré nada.

Benny negó con la cabeza.

Sirius palideció.

—No hay trato, Sirius.

—¿Qué pasa? ¿Te niegas? ¿Quieres irte con otro? ¿Vas a abandonarme ahora, perro?

—Me voy a retirar del pugilismo. Éste ha sido mi último combate.

—¡Estás loco! ¡Tú no te has mirado los puños! ¡Por tus puños sale oro, idiota! ¡Un tipo como tú no puede abandonar! ¡Cada vez que abres la boca escupes cien dólares! ¡No puedes irte así! ¡No puedes renunciar a tu destino!

—Yo sólo quería llegar hasta Sharkey por motivos particulares. Ya he llegado. Ahora sólo tengo que decir una cosa: ¡Adiós!

Y volvió la espalda.

No se dio cuenta de cuál era la expresión de Sirius.

Le convenía haberla visto, pero no la vio.

Sirius había tratado de dominarlo al principio diciéndole que era un saco. Luego le había prometido mucho oro. En este momento se daba cuenta de que ninguna de las dos tácticas servía.

Pero él tenía otras. Y cien veces esas «otras» tácticas habían demostrado ser eficaces.

—Te acordarás de esto, Benny —fue todo lo que dijo—. Juro que te acordarás.

Y salió pesadamente de los vestuarios.

Benny se tendió sobre la camilla, obedeciendo una seña de Oscar. Éste le quitó el albornoz y empezó a darle un poco de embrocación antes de que se vistiera, para prevenir las molestias que tendría durante la noche. Mientras aplicaba un suave masaje, murmuró:

—Ten cuidado, Benny.

—¿Por qué?

—Ese tipo sabe lo que quiere y está acostumbrado a conseguirlo. Yo no debería hablarte, porque Sirius es mi jefe, pero tú eres mi amigo. Ten cuidado, muchacho, por lo que más quieras. Sería capaz de matarte.

—No digas tonterías.

—Si de veras quieres dejar el boxeo, lárgate del país.

—No puedo ahora.

—¿Por qué?

—Depende de lo que tú me digas sobre la dirección de ese tipo. ¿La has averiguado?

—Sí. Figuraba en el registro de abonados del Madison. Se trata de un individuo llamado Percival. Vive en el 765 de la Primera Avenida, en la parte elegante de la ciudad. Al menos ésa era la dirección que dio. Puede que no viva allí, pero tendrá un despacho.

Benny cabeceó lentamente.

—Iré a verle —dijo.

Y se levantó para vestirse.

Él no lo sabía, pero acababa de terminar el doce *round*. Las amenazas de Sirius lo habían cerrado.

Ahora empezaba para él el *round* número trece. El de la suerte perra.

CAPÍTULO XIII

DECIMOTERCER ROUND

Los dos surcaban las quietas aguas del Hudson en el barco-panorama que sale del final de la Calle Cuarenta y Dos, como si fueran dos turistas recién llegados al país. Los dos miraban los rascacielos de la Battery como si los vieran por primera vez.

Y es que en realidad a Benny le parecía un poco como si acabara de nacer.

El día estaba lluvioso.

Quizá por eso muy poca gente había subido al barco-panorama en su recorrido por el Hudson. Y los que habían subido eran miembros de un grupo turístico italiano que acababa de llegar en el trasatlántico *Rafaello*, y que por tanto no habían visto el combate de dos días antes por la televisión. Por fortuna para Benny, nadie le reconoció y nadie se fijó especialmente en él.

Ethel miraba al horizonte.

Parecía pensar en algo muy secreto, en algo muy íntimo, mientras miraba los rascacielos. Quizá pensaba en todos los que habían muerto inútilmente (sobre los *rings*, sobre el asfalto, sobre las mesas de las oficinas) para conquistar la gran ciudad.

—Benny... —susurró.

Benny no contestó.

Simplemente le apretó los hombros con fuerza, con los ojos perdidos en la bruma que rodeaba los rascacielos. Unos ojos que miraban al vacío.

—Nos iremos, muchacha.

—Si es cierto que vas a abandonar el *ring*, ven al Oeste conmigo. Te presentaré a mis padres. Verás lo hermosa que es la vida sencilla,

la vida de todos los días cuando uno solo espera lo que Dios ha de traer: la luz, el aire, la cosecha... Abandona todo esto, Benny. Yo te querré y te serviré lo que me resta de vida.

Él tardó largos minutos en contestar.

Aún tenía los ojos perdidos en el vacío.

El puente de Brooklin. El puente de Manhattan, que parecía tocarlo...

—Esta noche haré la última cosa que me queda por hacer en Nueva York, Ethel —musitó—. Luego nos iremos.

—¿Qué te queda por hacer?

—Ir a ver un hombre.

—¿Pero por qué?

—Para que me hable de un tatuaje.

En aquella parte de la Primera Avenida no había más que despachos de lujo. También algunas viviendas, pero pocas. Por eso Oscar, que conocía muy bien Nueva York, le había dicho a Benny que quizá el tipo llamado Percival tenía una oficina allí. En efecto, el número 765 correspondía a un rascacielos de tipo medio, en el cual se ubicaban unos cuantos abogados, bastantes arquitectos de fama, agencias de publicidad y un par de compañías de seguros.

Eran ya las seis de la tarde.

La mayor parte de los despachos estaban cerrados. Por las grandes puertas cargadas de placas doradas no entraba ni salía nadie. Una pareja pasó junto a Benny para entrar en un pequeño restaurante italiano que se hallaba cerca. Iban tan acaramelados que sólo les faltaba morderse.

Benny había elegido aquella hora por si Percival vivía allí.

En ese caso estaría, y además tal vez estaría solo.

Entró. El conserje, que le había reconocido, le saludó respetuosamente.

—Usted es Benny... Usted es el campeón... ¡Qué gran honor! ¡Pase, pase! ¿A quién desea ver? ¿O tal vez va a vivir aquí, señor Benny?

—Quisiera ver al señor Percival, si es posible.

—El señor Percival... Claro que sí. Despacho 411. ¿Quiere que le anuncie?

Benny pensó que el conserje lo haría de todos modos.

—Muy bien. Anúncieme, por favor. Dígame que sólo le molestaré

cinco minutos.

—Ni que fueran cinco horas. El señor Percival es un gran aficionado al boxeo. Verá cómo sale enseguida a recibirle.

En efecto, Percival estaba ya esperándole cuando se abrió la puerta del ascensor. Era un hombre corpulento y con la nariz levemente achatada, lo que indicaba que tal vez había practicado el boxeo en su juventud. Para él debió significar una grande y jubilosa sorpresa ver a Benny allí, porque le recibió con verdadero asombro. Le recibió con la boca abierta.

—Usted no sabe el honor que me hace, Benny. Pase, pase... Estoy abonado hace años a una localidad del Madison y he visto, naturalmente, los dos últimos combates que usted celebró allí. El último fue algo sensacional, algo para no olvidarse nunca. Pase, pase... Le prepararé algo de beber.

Benny entró y miró en torno suyo.

El despacho era lujoso, pero sin exagerar. Por algunos detalles y algunos diplomas de las paredes, Benny se dio cuenta de que Percival ejercía la profesión de arquitecto. Pero debía ser un tipo solitario y que seguramente vivía allí. Preparó dos combinados muy fuertes mientras le temblaban las manos.

Luego se sentó junto a Benny, en un diván de cuero negro.

—¿En qué puedo servirle, amigo? ¿Quiere usted emplear su dinero en inmuebles? ¿Necesita alguna clase de asesoramiento? ¡Yo le atenderé gratis!

—No, no es eso. Quiero que usted me oriente en otra cosa, señor Percival.

—¿En qué?

—Un tatuaje.

El otro arqueó una ceja.

—¿Bromea, Benny?

—Hay tres cifras que quizá le digan algo. Las cifras son 6 – 27 – 13.

—No le entiendo. Y sigo preguntándole si, por alguna razón que ignoro, habla usted en broma. ¿Ha venido a burlarse de mí?

—Nada más lejos de mi imaginación, señor Percival.

—Las cifras que usted menciona podrían ser desde un número de teléfono a la combinación de una caja. ¿Yo qué sé? Pero no las he oído nombrar en mi vida. ¿Por qué ha venido a mí?

—Porque yo tengo esas cifras tatuadas en la piel, bajo un brazo, señor Percival. Alguien me las tatuó en un país extranjero sin que yo sepa por qué. Y usted está relacionado de algún modo con ellas.

—¿En qué sentido?

—Usted tiene un abono en el Madison. Fila seis, asiento veintisiete. Y paga un precio fijo: trece dólares por velada.

Los labios de Percival temblaron un momento.

Era un hombre habituado a pensar con rapidez, pero quizá aquello escapaba a su imaginación. Con voz lenta susurró:

—Seis... Veintisiete... Trece... Es cierto. Parece existir Una relación. Pero es una relación puramente casual, amigo. Ese abono también podría ser el de un teatro. O un número de teléfono de una ciudad pequeña.

Fue al mueble bar y se dispuso a servirse otro trago. Estaba nervioso.

—Si quiere que le ayude, le ayudaré —musitó—. Hay un detective privado que trabaja para mí. Quizá él encuentre alguna relación en esto.

—No he acudido a ningún detective privado, pero supongo que es inútil.

—Deje que le ayude. Veamos... 6 - 27 - 13. ¿Qué otras posibilidades ha examinado usted?

—Bastantes. Y dudo mucho, por lo pronto, de que se trata de un teléfono de una ciudad pequeña.

Percival miró el reloj que colgaba de una de las paredes, y que tenía la esfera de plata.

Puso en hora maquinalmente el suyo.

Benny también miró aquel reloj.

Estaba acostumbrado a contar por minutos, a causa de los entrenamientos. Vio que eran las seis y veintidós. Y en ese momento justo empezó aquello. Empezó lo que tenía que durar hasta las seis veinticinco exactas.

Todo un *round*.

Tres minutos sin gong, sin público, sin árbitro. Pero tres extraños minutos de muerte.

La voz sonó quedamente a su espalda a las seis y veintidós en punto. Ni Percival ni él habían visto a los dos individuos llegar. Sólo

les vieron allí, en la puerta del despacho, quietos, altos y siniestros, con las manos en los bolsillos de sus gabardinas.

Tenían expresiones de piedra.

Y ojos que parecían de piedra también. Hasta la voz del que habló fue rechinante, como si saliera del fondo de una estatua.

—Ya has llegado demasiado lejos, Benny. Creíamos que no te preocuparías de ese tatuaje. Pero desde hace tiempo estás investigando con respecto a él.

Percival lanzó un gruñido de sorpresa.

Y Benny mismo quedó paralizado, sin saber qué hacer.

Percival masculló:

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

—Es algo mucho más sencillo —murmuró el que había hablado antes—. Es un asesinato.

Percival obró con rapidez. Demostró que era un hombre acostumbrado a la acción. Arrojó la botella que tenía en la mano contra la cara de uno de los intrusos, mientras saltaba ágilmente hacia la mesa de su despacho.

Consiguió abrir el cajón y meter la mano en él.

Logró incluso sujetar la culata del revólver que guardaba allí para casos de emergencia.

Pero nada más.

La bala, disparada con silenciador, le dejó clavado en el sitio. Uno de los dos individuos, el silencioso, había movido la mano derecha rápidamente. Se oyó un leve «ploof» y la, cabeza de Percival pareció abrirse en dos mitades, mientras el arquitecto se desplomaba.

Benny comprendió que la próxima bala sería para él. Y sintió como si en su cráneo hubiera sonado una llamada. Sintió como si en su cabeza acabara de sonar un gigantesco *gong*.

Saltó del asiento en que se encontraba y disparó su puño derecho. El alucinante gancho fue directamente a la mandíbula del tipo que tenía la pistola. Éste la soltó mientras retrocedía un paso.

Otro gancho, éste con la mano izquierda.

Brutal.

Definitivo.

Salvaje.

El pistolero voló materialmente, elevándose sobre el suelo, hasta chocar de espaldas contra la ventana.

Se oyó un grito ululante, un grito que era al mismo tiempo de sorpresa y de horror. Y el cuerpo del asesino desapareció, tragado por el abismo, mientras se oía un brusco chasquido de cristales.

El otro no había reaccionado aún.

Su asombro era tanto que le agarrotó los músculos durante un par de segundos.

Cuando intentó sacar la pistola provista de silenciador ya era tarde.

Benny le golpeó en el cuello con el canto de la mano abierta.

No estaba acostumbrado a los golpes de karate, pero esta vez los empleó. Lo hizo maquinalmente, siguiendo ese instinto que tienen los que han nacido para pelear. Su enemigo se estremeció. Un directo al estómago le hizo tambalearse. Dos cruzados tras los pabellones de ambas orejas lo derrumbaron como un fardo.

Benny se inclinó sobre él.

Lo zarandeó.

—¡Dime quién os envía! ¡Habla, perro! ¡Dímelo, maldito!

Pero el tipo no contestó.

Tenía la cabeza caída a un lado.

Extrañamente caída.

Benny le soltó poco a poco, horrorizado, mientras miraba sus propias manos como si no creyera en ellas. Como si fueran las manos de otro, las manos de un monstruo tal vez.

Aquel hombre estaba muerto.

Mientras tanto el otro ya debía haber caído a la calle. Dentro de unos minutos la policía ya subiría hasta el despacho de Percival.

Sólo tenía una salida, y era emplear la escalera de incendios. El conserje hablaría de él, pero si la policía conocía a aquellos dos asesinos, ya supondrían que había obrado en defensa propia.

Saltó hacia la puerta, y en aquel momento pasó bajo el reloj de esfera de plata.

Le dirigió una ojeada fugitiva.

Las seis y veinticinco exactas. Tres minutos habían transcurrido desde que el primero de los asesinos hizo oír su voz.

El *round* más desesperado que Benny había disputado jamás.

El *round* de la muerte.

Corrió desesperadamente mientras le parecía que su cráneo se llenaba de voces.

CAPÍTULO XIV

DECIMOCUARTO *ROUND*

La sirena de un buque rasgaba la niebla, río arriba. Desde la Avenida Doce, en el extremo de Manhattan, no se veían las luces de la vecina ciudad de Jersey City, al otro lado del Hudson. Todo el río era un inmenso, un espeso banco de niebla. Sólo la lucecita de la cabina telefónica brillaba quietamente en aquella especie de océano gris.

Pero hasta aquella lucecita hubiera deseado Benny que estuviese apagada.

Dentro de la cabina, situada en el punto más siniestro de la Avenida Doce, hojeó la guía colgada de un gancho. Estaba grasienta y las yemas de los dedos resbalaban sobre residuos difícilmente clasificables. Benny buscaba un número que no había necesitado buscar hasta entonces, porque no había temido ningún conflicto. El número del encargado de negocios polaco en Nueva York. Quizá él podría orientarle en algo acerca de lo que sucedía.

De todos modos lo dudaba.

Pero tenía que probar.

Dos veces la guía resbaló de entre sus dedos. Dos veces tuvo que volver a sujetarla y dos veces la abrió por el mismo sitio.

«Por aquí la abren los capitalistas», pensó.

Porque, en efecto, sus dedos resbalaban tenazmente sobre la palabra símbolo del dinero en Norteamérica. Sobre la palabra Bank.

Bank of América.

Bank of New York City.

Bank of Montreal.

Benny fue a soltar la hoja.

Bank...

Tres millones de dólares.

Le habían hablado de aquello quizá como en sueños. Bank... Tres millones de dólares.

Contó los Bancos indicados en la guía. Eran seis. Justamente seis. En Nueva York hay muchos más, claro pero en la guía están indicados de otra manera. Por ejemplo First National Bank y Federal Reserve Bank, en la letra «F». El «Chase Manhattan Bank» en la «Ch», etc.

Seis.

Benny se pasó el dorso de la mano por la boca.

Seis.

El número martilleaba en su cabeza como si se lo estuvieran imprimiendo a fuego.

Miró el último. Era el de un establecimiento modesto y casi desconocido en la ciudad.

Bank of Bowery. Shavings. Assurances.

Los dedos de Benny dejaron caer la guía.

¡Quizá aquélla era la explicación del número seis! ¡Quizá allí tenía la pista que no supo encontrar al visitar a Percival!

¿Y el veintisiete? ¿Qué significaba el veintisiete?

Tal vez la letra veintisiete del alfabeto.

Sí, eso podía ser.

Abrió por la letra veintisiete del alfabeto, es decir la «W».

Su dedo temblaba al recorrer los nombres.

Se detuvo en el nombre número 13.

«WAAN».

No era un apellido frecuente. «Waan». Y sólo había uno allí. Cerró un momento los ojos mientras la cabeza le daba vueltas.

Tal vez estaba equivocado. Tal vez cometía un error como lo cometió con Percival.

Pero tenía que probar. Y tenía que hacerlo a la mañana siguiente, apenas abrieran los Bancos. Tenía que probar.

Había dormido en una barcaza de los infectos muelles del Lower Manhattan cuando se dirigió al primer puesto de periódicos para comprar los de la mañana. Los abrió con ansiedad.

Si la policía le había mencionado, estaba perdido.

A él le conocía toda la ciudad. Era como si fuese por las calles con el traje manchado de pintura roja.

El mismo vendedor de diarios le había dicho:

—Felicidades, Benny. No le cobro nada. Permita que le obsequie.

Pero los diarios no decían nada, aunque daban cuenta de las muertes acaecidas en la Primera Avenida. ¿Se había callado el conserje por admiración a él? Sí, eso era probable. Los hinchas de un campeón le respetan tanto como si fuera un dios. Pero también podía ser que la policía estuviera cerrando el cerco y no hubieran dado a la publicidad una línea, para evitar escándalos.

En todo caso él no podía elegir.

El gong ya había sonado.

Él tenía que atacar.

Entró en una barbería que acababan de abrir, porque no podía presentarse en un Banco con barba de veinticuatro horas. Los empleados se pelearon por atenderle. Las dos manicuras quisieron hacerle las manos a la vez.

—Siéntese aquí, Benny, haga el favor. Que combate, ¿eh? ¡Qué combatazo, amigo! ¿Cuándo vuelve a subir al *ring*? ¡El campeón mundial ya puede temblar! ¡Le va usted a afeitar en seco!

Benny se limitó a decir, casi avergonzado:

—No será tanto, muchachos, no será tanto. Sólo afeitar. No sé. Tengo una pésima cara. He pasado mala noche.

Y al echar la cabeza hacia atrás le pareció estar otra vez en su rincón, mientras veía bajo los focos la cara de Oscar.

Aquél podía ser el *round* decisivo.

Y seguía pensando lo mismo cuando, media hora más tarde, se dirigió al Bank of the Bowery, cuya central está situada muy cerca de Mott Street, la calle central del barrio Chino neoyorquino, donde se amontona una población amarilla de enorme densidad. En el Banco había muy poca gente a aquella hora. Apenas reconocer a Benny, dos empleados casi corrieron hacia él.

—¿Qué desea?

—¿Quiere abrir una cuenta?

Benny tragó saliva.

—¿En qué podemos servirle?

Bueno, había llegado el momento decisivo. Miró su reloj y vio que señalaba las nueve y veinte.

Quizá iba a decir una barbaridad.

Pero tenía que probarlo.

—Quiero la llave de la caja fuerte del señor Waan —dijo—. Supongo que les advirtió que otra persona vendría a buscarla.

El empleado parpadeó.

—El señor Waan... Un momento. Voy a mirar los ficheros. Perdone.

Benny se acercó al gran mostrador de mármol.

Nunca el corazón le había latido así. Nunca, en ningún combate. Y no había sentido aquel vértigo ni siquiera cuando cayó ante Sharkey.

Las nueve veintiuno.

El empleado le miró.

—Cierto, señor. Es un caso un poco especial, porque estas cajas son personales. Pero el señor Waan nos advirtió: «Mi secretario vendrá en mi nombre». Ignorábamos que usted fuera su secretario, señor Benny. Pero no hay ninguna dificultad. Es usted una persona conocida. Claro que es una persona conocida... ¡No faltaba más! Sígame, por favor.

Benny le siguió con el corazón en un puño.

Las nueve y veintidós.

—Ésta es la caja fuerte. Puede abrir usted mismo. Aquí tiene la llave. ¿Quiere que me retire?

—No, gracias, no hace falta.

Un chasquido.

La caja que se abre.

El pesado maletín negro.

—Gracias —dijo Benny—. Esto es todo. Gracias.

Sabía que allí había tres millones de dólares.

Las nueve y veintitrés.

Tres millones de dólares cobrados en tres minutos, como entre dos golpes de campana.

CAPÍTULO XIV

DECIMOQUINTO ROUND... ¡Y K.O.!

Benny tenía ahora tres millones de dólares, pero sabía que no eran suyos. Sabía también que varias personas habían muerto por conseguirlos.

Una tercera cosa que sabía era ésta: el conserje de la casa donde fue asesinado Percival, no le había denunciado. Era el único que pudo poner a la policía tras él, y ahora era ya evidente que la policía no le perseguía. Por lo tanto se atrevió a volver a su apartamento.

Puso el maletín sobre la cama y lo abrió bruscamente.

Al hacerlo supo que se la jugaba, porque algunos de esos maletines llevaban una carga explosiva conectada a la cerradura. Pero en esta ocasión nada ocurrió. Ante sus ojos aparecieron fajos y fajos de billetes ordenados y apilados, llevando aún el precinto de la fábrica de Moneda. Crujían al tacto. No habían sido tocados ni una sola vez.

Benny no era experto en calcular el valor de los billetes por el bulto que hacían, pero se dijo que allí podía haber, efectivamente, tres millones de dólares. Y volvió a cerrar el maletín otra vez, sintiendo que unas gotitas de sudor nacían en su frente.

No tenía en su habitación más que una botella de *whisky*. Se preparó una generosa ración con dos cubitos de hielo.

Sentado en la cama, pensó febrilmente con los ojos entrecerrados.

Lo primero que pensó fue que debía avisar a la policía.

Pero luego decidió hacer antes otra cosa. Buscó en la guía el número del Encargado de Negocios polaco, el mismo que había estado buscando la noche anterior. Le habían dicho al salir de su

país que en caso de circunstancias graves debía ponerse en contacto con él.

Era arriesgado, porque aquel diplomático podía ser un ambicioso o un traidor. Por tres millones de dólares habría mucha gente dispuesta a cambiar de bandera. Pero probó dispuesto a ser cuidadoso con las palabras.

El diplomático se mostró muy contento al saber que hablaba con Benny. Le dio a entender que ya sabía que algunos de los papeles con que había llegado al país eran falsos. Le dio a entender también que ya conocía lo del tatuaje. Hasta llegó a recitar claramente las cifras 6 – 27 – 13.

Benny se tranquilizó.

Todo aquello iba adquiriendo un aspecto que no llegó a sospechar al principio: un aspecto oficial que además interesaba mucho a las autoridades de su país de origen.

No mencionó la cifra que tenía en las manos.

El otro susurró:

—Espere. Haré que pasen esta comunicación a mi línea privada, para que no haya ninguna clase de interferencias. De ese modo podremos hablar con tranquilidad.

Se oyó un chasquido y luego la voz del diplomático volvió a sonar, al parecer un poco más lejana.

—Escuche, Benny, conozco perfectamente todo lo que usted me va a decir. La historia de esos tres millones, hasta el momento en que desaparecieron, me es tan familiar como si la hubiera escrito yo mismo. Pero debe haber bastantes cosas que usted ignora, Benny.

—En realidad lo ignoro todo.

—Trataré de explicárselo, porque después de lo que ha ocurrido tiene derecho a saber qué terreno pisa. Pese a su edad, usted ha debido oír hablar del general Anders.

—Claro que sí. Cuando los alemanes invadieron y conquistaron Polonia, en 1939, él se refugió en Londres con unos cuantos militares y políticos fieles y fundó un gobierno polaco en el exilio.

—Justo, así fue. Y no se puede decir que sus servicios a su patria fueran desdeñables, ni mucho menos. Las tropas polacas se cubrieron de gloria en muchos sitios, peleando junto a los aliados, en especial en el asalto a Montecasinos. Pero se reprochó a Anders que no participara en el verdadero movimiento de resistencia contra

el invasor, que se desarrolló dentro de Polonia. En fin, luego intervino la política. Ya sabe usted lo que ocurrió. Los invasores alemanes fueron expulsados por los rusos, y en esas condiciones es natural que el Gobierno que se formara fuese a gusto de los resistentes y los luchadores que pertenecían al partido comunista. Anders no pertenecía a él. Continuó en el exilio, sus fuerzas morales y políticas fueron decayendo y murió al fin de una manera que podríamos llamar triste, oscura.

—Conozco esa historia.

—Pero los seguidores de Anders tenían dinero. Es decir, había unos fondos del llamado Gobierno Provisional en el Exilio. Esos fondos se hallaban depositados en parte en Inglaterra, y aún siguen allí. Y en parte en los Estados Unidos, de donde desaparecieron. Una banda de pistoleros se había adueñado de ellos. Nosotros los reclamamos, aunque la suma no era de excesiva importancia, pero no hubo modo de dar con ninguna pista. Al fin uno de los forajidos, pudo ser capturado por dos de nuestros agentes especiales en Nueva Orleáns. No hubo modo de sacarle una palabra. Cuando nuestros agentes se dieron cuenta, ya se había envenenado. Pero llevaba un tatuaje, un tatuaje que era por el momento nuestra única pista.

—Comprendo.

—Hicimos una serie de investigaciones, pero no llevaron a ninguna parte. De ellas se encargaba en Nueva York un médico que usted debió conocer, puesto que se le dio su nombre al salir de Polonia, con el pretexto de que debía cuidar físicamente de usted. Ese hombre además, de médico, era miembro de nuestros servicios secretos. Supongo que usted llegó a verle.

—Sí, pero cuando le conocí... acababan de matarle.

—¿Por qué no nos dijo que había estado allí aquel día? Pudo habernos dado alguna pista.

—La verdad, sentí miedo de que me acusaran a mí —susurró Benny—. No quería verme envuelto en aquel conflicto.

—En fin, tal vez aquel hombre había averiguado algo. Pero si eso fue así, nosotros no llegamos a saberlo. Ni en sus papeles ni en sus libros hallamos la menor pista.

Benny murmuró:

—¿Pero qué papel jugaba yo en esto?

—El mismo que Karman. Ninguno de los dos debía saber lo que

significaba aquel tatuaje. Pero los dos lo llevaban exactamente como el del asesino que murió.

—¿Con qué objeto?

—El médico y agente de que le hablo podía entonces utilizarlos a ustedes. No olvide que era la única pista. El maldito tatuaje. Podía revisarlos a ustedes y hacer toda clase de estudios, en el mismo terreno de los hechos, como si tuviera a su disposición aún al forajido que se envenenó.

—Voy entendiendo —musitó Benny.

—Había otra razón para que les envolviéramos en este asunto. Si se lograban recuperar los tres millones de dólares, ustedes eran los únicos que podían sacarlos de los Estados Unidos y devolverlos al país a que pertenecían, sin necesidad de someterse a difíciles controles diplomáticos.

—¿Por qué razón?

—Porque un boxeador que ha llegado muy arriba, puede haber ahorrado tres millones de dólares. Y puede sacarlos del país en que los ganó.

Benny lanzó un silbido.

El plan aparecía cada vez más concreto ante sus ojos.

—De modo que ese dinero estuvo depositado en una caja de alquiler sin que lo supiera nadie.

—Debía saberlo muy poca gente. Los que lo robaron nada más. Seguro que uno de ellos era el tal Waan.

—Sí. Es lógico.

—Pero a Waan debió matarle el jefe del grupo, o tal vez el mismo individuo cuyo tatuaje encontramos. El que se envenenó. Quizá torturó a Waan para que le dijese dónde lo había escondido. Porque Waan lo cambió de lugar, supongo, con ánimo de llevárselo él solito. Los de la banda le acosaron y le torturaron. Supongo que debió haber un «ajuste de cuentas» con varios muertos. Al fin, Waan debió ser eliminado pero sin que pudieran sacarle una sola palabra.

—¿Y el tatuaje?

—Imagino que él no pudo llevarse el dinero solo, depositándolo en un lugar distinto de donde estaba. Tuvo que contar con un cómplice, un hombre que también podría llevarse los fondos en caso necesario. Su «secretario», vamos. Usted mismo me ha indicado que en el Banco dejó instrucciones en ese sentido.

—Así es —murmuró Benny—. Y supongo que ése cómplice también debió morir. Pero aún no está aclarado lo del tatuaje.

—Lo está. Fue el cómplice el que lo llevaba marcado en la piel, para no olvidar jamás la combinación que le permitiría obtener el dinero. De los hombres que lo mataron, al menos uno de ellos se hizo reproducir el tatuaje exactamente, pensando que aquello podía ser una pista. Nosotros lo capturamos más tarde y se envenenó. Resultado: esos tres millones dormían en una caja fuerte sin que nadie los reclamase.

Benny sentía seca la boca.

Bebió otro trago.

Y bisbiseó:

—Los devolveré. Naturalmente que los devolveré. Pero quiero que se me garantice que serán utilizados para fines humanitarios.

—No creo que sea difícil darle ésa garantía, Benny.

—De acuerdo, entonces voy allá. Yo no le conozco y por tanto no quiero dar facilidades para una posible suplantación de personalidad. Quiero hacer la entrega en la delegación comercial polaca.

—No hay inconveniente. Venga enseguida.

—De acuerdo —dijo Benny.

Y colgó.

Pero no iba a ir enseguida. Ni enseguida ni más tarde.

La puerta se había abierto violentamente. Benny giró velozmente la cabeza hacia allí, pero ésa fue toda su posible reacción.

Cuatro hombres acababan de irrumpir en la habitación. Los cuatro se habían puesto guantes de hierro.

Tras ellos penetró otro más. Era Sirius.

Las facciones de Sirius habían cambiado. Ya no eran las del hombre de mundo más o menos escéptico, más o menos complaciente. Sirius tenía ahora los ojos llameantes y la boca crispada en una mueca. Aquellos ojos que destilaban un odio venenoso, se clavaron en la cara de Benny.

La puerta se cerró a espaldas de los intrusos.

Sirius dijo con una voz tan suave como el roce de una serpiente:

—Me han dicho que ibas a largarte del país, muchacho. Me han asegurado que no me dejarías recuperar lo que me hiciste perder

con las apuestas. Pero Sirius no puede creer eso, Benny. Sirius te aprecia. Él te ha hecho subir, ¿no? Y ahora que estás arriba, ¿qué vas a hacer con el pobre Sirius? ¿Darle una patada en los dientes?

Benny miró a los cuatro hombres que se ajustaban bien los guantes de piel en cuya parte superior estaban articuladas las piezas de hierro. Un golpe de aquellos guantes le desharía la cara. Varios golpes podían matarle.

Benny no quería problemas de esa clase ahora. Tenía algo más importante que hacer.

Por eso susurró:

—No he dicho aún cuál va a ser mi porvenir, Sirius.

—Yo diría que sí. Durante estos días mis hombres te han estado buscando sin cesar. El timbre de tu apartamento no ha dejado de sonar, pero tú has preferido escurrir el bulto. ¿Vas a hacerme creer que no me esquivas? ¿Vas a hacerme creer que no pretendes firmar un contrato con otro organizador? Sé que te han hecho ofertas.

—No he recibido ninguna, por la sencilla razón de que no he parado diez minutos en el mismo sitio. Y si le he esquivado, no ha sido por no entrar en tratos, Sirius, sino por otra razón.

—¿Qué razón?

—No le importa.

—Me importará cuando hayas firmado un nuevo contrato con Salomons o cualquier otro de su categoría. Conozco de sobras lo que te traes entre manos. Nuestro contrato quedaba sin efecto después de tu último combate. Ahora has dejado pasar unos días para que yo no pueda alegar nada y firmarás un nuevo acuerdo con el organizador que más te interese.

—Si quisiera hacerlo estaría en mi derecho, Sirius. Pero además fue usted mismo quien anuló nuestro contrato para después del combate con Sharkey. Pensaba que Sharkey me dejaría hecho una piltrafa.

Sirius se mordió el labio inferior.

Aquella verdad lo pinchó como un alfiler envenenado, pero él no aceptaba las verdades que le eran perjudiciales o molestas. Para él no existían.

—Quizá estos amigos te convenzan —bisbiseó—. Ellos te demostrarán que no eres tan bueno como tú crees.

—Los hombres como usted han hecho que el boxeo en este país

sea una inmundicia.

Sirius, Han hecho que el único deporte que existe en el que los dos rivales tienen una absoluta igualdad, se transforme en un estercolero. Muy bien, Sirius. Que vengan sus gorilas. Yo les demostraré si fuera del *ring* pego tan fuerte como dentro.

Sirius dijo con venenosa suavidad:

—Muy bien, muchachos. Adelante. Pero no me lo destrocéis demasiado. Lo quiero aprovechable para dentro de dos meses.

Uno atacó de frente, dos por el lado derecho y otro por el izquierdo.

Los cuatro gorilas se lanzaron casi a la vez.

El que atacaba de frente pronto salió despedido hacia la puerta, con la mandíbula destrozada.

Uno de los que atacaban por la derecha dio una vuelta de campana en el aire, como si hubiera chocado con una pared de hierro, destrozó una de las butacas y quedó espatarrado en el suelo, con la boca sangrante.

Un tercer enemigo logró clavar su guante de hierro en el estómago de Benny. Éste sintió un dramático dolor. Se dobló. Voló por los aires el guante de hierro que había de destrozarse su mandíbula.

Benny ya no podía evitarlo.

Trató al menos de cubrirse.

Y de pronto se oyó un aullido.

El tipo que iba a golpear a Benny cayó hacia adelante, como fulminado. El impacto que acababa de recibir en la nuca no había sido muy reglamentario, pero resultó terriblemente eficaz. El cuarto atacante también recibió un gancho que lo proyectó contra la pared como una piltrafa. Sirius trató de escapar mientras un grito de angustia partía de su garganta:

—¡Sharkey!

En efecto, era Sharkey el que acababa de ayudar a Benny. El que, en colaboración con éste, y de dos brutales ganchos que rechinaron en el aire como latigazos, dejó K.O., a los otros gorilas, que trataban de ponerse en pie y seguir el combate. Por fin, entre los dos sujetaron a Sirius, que barboteaba amenazas en un rincón, acorralado como una rata.

—Tu licencia va a durar cinco minutos, Sirius —masculló—.

Justo lo que tarde la policía en llegar y ver todo esto. Yo he hecho mi último combate para ayudar al rival más valiente con el que me he enfrentado nunca. Para ayudar a un amigo.

Las miradas de los hombres se cruzaron.

No hicieron falta las palabras.

No hizo falta más que estrecharse silenciosamente las manos en el aire.

Esta vez sin árbitro. Y esta vez sin más público que un granuja aterrorizado y cuatro gorilas K.O.

Benny susurró:

—Gracias, Sharkey.

—De nada, campeón.

Y Sharkey derribó a Sirius contra un rincón del apartamento, mientras él se dirigía al teléfono para llamar a la policía.

Benny murmuró:

—Haré mi declaración dentro de diez minutos, Sharkey. Ahora he de entregar algo que no admite espera.

Tomó el bulto con el dinero y salió. Tenía que llegar cuanto antes a la delegación comercial polaca.

Todo marchó perfectamente.

Todo fue como una seda hasta que volvió a su apartamento, donde ya estaba la policía. Pero allí se estropearon las cosas. Lo que ocurrió allí fue que en el ascensor encontró a Ethel.

Había varios pisos.

Demasiados pisos.

Y el ascensor era lento.

Y Ethel estaba... ¿cómo lo diríamos? Ethel estaba ansiosa.

Y salieron a beso por piso.

Y cuando llegaron al apartamento de Benny, Ethel tuvo que salir corriendo mientras llamaba a la policía.

—¡Eh! ¡Venga aprisa! ¡Ayúdenle! ¡No sé qué le sucede! ¡Está K.O., y no hay quien lo despierte!

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

